

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**AL SERVICIO DE UNA FE MÁS VIVA  
«Creo; ayuda a mi poca fe» (Mc 9,24)**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**CUARESMA –PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1997**

---

**SUMARIO**

---

**INTRODUCCIÓN (nn. 1-4)**

**I.- EN MEDIO DE LA CRISIS (nn. 5-19)**

Situación compleja (nn. 6-9)

- Fe viva en medio de la crisis (n. 6)
- Manifestaciones de la crisis (n. 7)
- Un itinerario bastante frecuente (n. 8)
- Una crisis que afecta a todos (n. 9)

Debilitamiento de la fe (nn. 10-15)

- Sin sitio para Dios (n. 10)
- El descuido de la fe (n. 11)
- Falta de interioridad (n. 12)
- El miedo a la exigencia (n. 13)
- Rechazo de la culpabilidad (n. 14)
- La oscuridad de la duda (n. 15)

Crecimiento de la indiferencia (nn. 16-18)

- Un dudoso agnosticismo (n. 16)
- Una idea de progresismo (n. 17)
- Una fe sin práctica (n. 18)

Una reacción nueva (n. 19)

**II.- ALGUNAS ACTITUDES ANTE DIOS (nn. 20-29)**

Indiferencia (n. 21)

Sin experiencia de Dios (n. 22)  
Sin caminos hacia Dios (n. 23)  
La difícil comunicación (n. 24)  
El miedo a Dios (n. 25)  
La evasión (n. 26)  
Expulsar a Dios de la conciencia (n. 27)  
Utilización de Dios (n. 28)  
El ambiguo retorno de lo religioso (n. 29)

### **III.- NECESIDAD DE REACCIONAR (nn. 30-34)**

Decisión más responsable (n. 30)  
Buscar con sinceridad (n. 31)  
Aprender a invocar (n. 32)  
Crear desde la oscuridad (n. 33)  
Reconstruir la fe (n. 34)

### **IV.- ¿QUÉ ES CREER EN DIOS? (nn. 35-49)**

Dios no está lejos de nadie (nn. 36-38)

- Dios está ahí desde el inicio (n. 36)
- La acogida del hombre (n. 37)
- La fe es un don gratuito (n. 38)

Adhesión confiada a Dios (nn. 39-41)

- Religados a Dios (n. 39)
- Confianza radical (n. 40)
- El encuentro con el Dios vivo (n. 41)

Con todo el corazón (nn. 42-44)

- Adhesión de toda la persona (n. 42)
- Trayectoria del creyente (n. 43)
- Diversas formas de creer (n. 44)

Certeza y oscuridad de la fe (nn. 45-47)

- La experiencia de la duda (n. 45)
- Lejanía de un Dios cercano (n. 46)
- Siempre es posible creer (n. 47)

Fe y conversión (nn. 48-49)

- La conversión fundamental (n. 48)
- Exigencias de la fe (n. 49)

### **V.- ¿CÓMO REAVIVAR LA FE EN DIOS? (nn. 50-79)**

El presentimiento de Dios (nn. 51-52)

Jesucristo, camino que lleva al Padre (nn. 53-55)

- Jesucristo, “camino, verdad y vida” (n. 53)
- El rostro verdadero de Dios (n. 54)
- Llamados a creer (n. 55)

Actitud de búsqueda (nn. 56-59)

- Búsqueda personal (n. 57)
- Deseo de Dios (n. 58)
- Desde la debilidad y la duda (n. 59)

Atención a lo interior (nn. 60-61)

- El encuentro con uno mismo (n. 60)
- Acoger el misterio personal de Dios (n. 61)

Caminar en la verdad (nn. 62-64)

- Sinceros con Dios (n. 62)
- Reconocer el pecado (n. 63)
- La experiencia del perdón (n. 64)

Del miedo a la confianza (nn. 65-67)

- Confiar en Dios (n. 65)
- Del miedo al amor (n. 66)
- Vivir dando gracias (n. 67)

¿Dónde encontrar a Dios? (nn. 68-72)

- En la fuente de la vida (n. 68)
- En la experiencia del vivir diario (n. 69)
- Experiencias de especial “densidad” (n. 70)
- La experiencia del amor (n. 71)
- El amor al que sufre necesidad (n. 51)

Recuperar la oración (nn. 73-76)

- Las dificultades (n. 73)
- ¿Por dónde empezar? (n. 74)
- La oración de la mayoría (n. 75)
- El “Padre nuestro” (n. 76)

Alimentar la fe (nn. 77-79)

- La comunidad eclesial (n. 77)
- La Eucaristía dominical (n. 78)
- La escucha de la Palabra de Dios (n. 79)

## **VI.- EL FORTALECIMIENTO DE LA FE (nn. 80-102)**

El servicio de la fe (nn. 81-85)

- Fundamentación de la fe (nn. 81-82)
- Superación del modelo de instrucción (n. 83)
- Por los caminos de la experiencia (n. 84)

- El lenguaje (n. 85)

Actitudes básicas (nn. 86-89)

- Servicio (n. 86)
- Diálogo (n. 87)
- Testimonio (n. 88)
- Acompañamiento (n. 89)

La comunidad parroquial (nn. 90-93)

- Iniciación a la fe. Pastoral catecumenal (n. 90)
- Pastoral misionera (n. 91)
- La celebración del domingo (n. 92)
- Enseñar a orar (n. 93)

La familia creyente (nn. 94-99)

- Las dificultades (n. 94)
- Las posibilidades de la familia (n. 95)
- Condiciones básicas (n. 96)
- El ambiente familiar (n. 97)
- La oración en familia (n. 98)
- Cuando alguien no cree (n. 99)

Por los caminos de la conversión (nn. 100-102)

- La tarea de los presbíteros (n. 100)
- El testimonio de los religiosos (n. 101)
- La vida de los creyentes (n. 102)

## INTRODUCCIÓN

**1.** Durante estos últimos años os hemos querido ayudar con diversas Cartas Pastorales a *creer en tiempos de increencia*<sup>1</sup>. Hemos tratado de examinar y comprender mejor los motivos y las experiencias que han conducido a no pocos al debilitamiento de su fe y a la indiferencia. Os hemos animado a reavivar vuestra confianza en Dios en medio de este clima generalizado de crisis que nos está afectando a todos<sup>2</sup>. Hemos querido también mostraros cómo nos puede ayudar el Evangelio de Jesucristo a afrontar hoy nuestra tarea humana con sentido más pleno, responsabilidad más lúcida y esperanza más gozosa<sup>3</sup>.

**2.** Este año queremos dar un paso más. Estamos convencidos de que la crisis actual puede ser para muchos “un tiempo de gracia” en el que se nos invita a reconstruir la vida cristiana. Éste es el único objetivo de esta Carta Pastoral: ofrecer una reflexión que nos permita a todos identificar mejor nuestra propia situación personal en medio de la crisis y que nos ayude a reconstruir la fe en Dios en esta hora aparentemente tan poco propicia. Queremos ofrecer un servicio concreto a aquellos hombres y mujeres que quieren saber dónde están en estos momentos de crisis religiosa, y se preguntan qué camino han de seguir para encontrarse con Dios. No tenemos la pretensión de hablaros con la seguridad de quienes lo saben todo. El Misterio que nos habita nos sobrepasa a todos. También nosotros vivimos buscando *a tientas* el rostro de Dios (Hch 17,27).

**3.** Comenzamos nuestra Carta Pastoral tratando de acercarnos a la crisis religiosa de hoy para conocer mejor *la situación personal* de cada uno: “¿Dónde estoy yo?” (capítulo 1). Pero, dentro de la crisis, es más importante identificar bien cuál es nuestra postura personal ante Dios: “¿Cómo estoy yo ante Dios?” (capítulo 2). Nuestra reflexión no se queda ahí. La fe se ha convertido para no pocos en una experiencia problemática. Pero ¿cómo reaccionar ante la crisis religiosa? “¿Cómo actuar de forma responsable y honesta?” (capítulo 3). Antes de nada, es necesario, sin duda, recordar algunos aspectos fundamentales de la fe, que tampoco hoy hemos de olvidar: “¿Qué es creer en Dios?” (capítulo 4). Sólo entonces podremos sugerir algunas orientaciones que nos ayuden a reconstruir la experiencia cristiana: “¿Cómo reavivar la fe en Dios?” (capítulo 4). Por último nos preguntamos “¿qué podemos hacer en nuestras Iglesias diocesanas y en las comunidades cristianas?” para robustecer esa fe, a veces tan débil y apagada (capítulo 6).

---

<sup>1</sup> *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988); *Salvación y existencia cristiana. Gozo y esperanza* (Cuaresma-Pascua, 1990); *Convertios y creed la Buena Noticia* (Cuaresma-Pascua, 1991), en *Al Servicio de la Palabra. Cartas Pastorales. Varios documentos conjuntos de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria* (1975-1993), pp. 664-714, 800-852 y 864-919 respectivamente.

<sup>2</sup> *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (Cuaresma-Pascua, 1986), o.c., pp. 536-590.

<sup>3</sup> *En busca del verdadero rostro del hombre* (Cuaresma-Pascua, 1987), o.c., pp. 597-650; *Al servicio de una vida más humana* (Cuaresma-Pascua, 1992), o.c., pp. 975-1028.

4. De esta forma, nuestra Carta Pastoral se sitúa dentro del objetivo prioritario señalado por Juan Pablo II en su Carta Apostólica de preparación para el Jubileo del año 2000: *El fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos*<sup>4</sup>. Lo mismo que él, también nosotros queremos ofrecer esta reflexión en el horizonte de “la indiferencia religiosa que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia”<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*, n. 42.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, n. 36.

## I.- EN MEDIO DE LA CRISIS

5. La crisis religiosa no es sólo incertidumbre y cuestionamiento. No tiene por qué conducir al debilitamiento de la fe. Puede ser también oportunidad para su crecimiento y mayor autenticidad. Dios no está ausente tampoco hoy de quienes parecen alejarse de él. Su Espíritu sigue trabajando los corazones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. ¿No nos estará invitando a una profunda conversión?, ¿no será esta crisis una llamada a purificar y fortalecer nuestra fe en el Dios vivo de Jesucristo? Por ello, es bueno que tratemos de conocer de modo más consciente cuál es nuestra actitud y posicionamiento personal. Sólo así podremos escuchar esa llamada de forma más responsable.

### **Situación compleja**

No es fácil determinar qué hace que unas personas crean confiadamente en Dios, y otras se instalen en el mundo prescindiendo totalmente de él. Sin duda, la sensibilidad de cada uno, la trayectoria seguida a lo largo de la vida, las decisiones que va tomando día a día, el ambiente concreto en que se mueve y muchos otros factores influyen de modo importante en las convicciones últimas que rigen nuestra vida. Tampoco hoy reaccionan todos de la misma forma ante la crisis religiosa.

#### • ***Fe viva en medio de la crisis***

6. Aunque la crisis afecta de alguna manera a todos, esto no quiere decir que sus efectos sean siempre negativos para la fe o la experiencia religiosa de las personas. De hecho, son bastantes los que, durante estos años, han ido purificando y consolidando su adhesión a Dios, descubriendo con más lucidez y responsabilidad las exigencias y promesas de la fe cristiana.

Hay entre nosotros no pocos creyentes que viven gozosamente su fe, como la experiencia de un Dios vivo presente en sus vidas. Acuden a él con confianza. Se ven sostenidos por su fuerza, en medio de las dificultades. Escuchan su llamada en las necesidades de los demás. La crisis religiosa que se observa en la sociedad ha sido para ellos estímulo que los ha llevado a crecer en la fe.

Pero tampoco estos creyentes son ajenos o insensibles a lo que perciben en los demás. Con frecuencia, no saben qué actitud adoptar ante quienes viven agitados personalmente por la crisis de fe. En ocasiones, sufren el dolor de no poder compartir con sus seres queridos esa fe, para ellos tan fundamental y valiosa en su existencia.

Quienes viven hoy enraizados gozosamente en su adhesión a Dios, no han de dejarse llevar por la tentación de vivir replegados sobre sí mismos. Al contrario, han de sentirse llamados a “dar razón de su esperanza” (1 Pe 3,15). Para ellos, esta Carta quiere ser una ayuda que los estimule a la confesión de su fe y al testimonio de una vida cristiana responsable.

- **Manifestaciones de la crisis**

7. No pretendemos ahora hacer un análisis exhaustivo de esta crisis. Sólo queremos recoger algunas expresiones que indican la pluralidad de posturas entre nosotros.

“No sé si creo o no. Yo tuve una infancia religiosa. Iba a misa, me confesaba, rezaba a Dios..., pero hoy todo eso ha quedado lejos. He cambiado mucho por dentro. Ya no acierto a creer”. Es una sensación bastante corriente hoy. Pero ¿no habrá algún camino para hacer un poco más de luz?, ¿no será importante saber en qué cree uno ahora que es persona adulta?

“Yo pienso que creo, pero hace tiempo que no me preocupo de eso. Además, cada vez que pienso en cosas de religión, me entran más dudas”. Así sienten no pocos. Pero ¿se trata de “pensar en cosas de religión” o de buscar a Dios como esperanza última de la vida?, ¿no será posible confiar en Dios, aunque no se acierte a integrar determinados aspectos de una doctrina religiosa?

“A mí todo lo que huele a religión me irrita. Me parece falso e hipócrita. No acepto que la jerarquía nos quiera imponer su visión moral de las cosas. No veo que haya de ir a misa para vivir de manera más honesta”. Sin duda, lo primero es vivir en verdad y ser sincero con uno mismo. Pero, precisamente por eso, ¿no será demasiado simple reducir la cuestión de la fe a una práctica hipócrita o a una sumisión dócil a las directrices de la jerarquía católica?

“Yo soy creyente. Al menos eso digo. La religión me parece bien. Pero estoy lleno de dudas. No acierto a rezar. No entiendo cómo algunos pueden sentirse lo bastante seguros como para decir que creen. ¿Qué hay que hacer para creer?”. Así sienten bastantes. Por una parte, se preguntan si todo lo que han creído desde niños no será un enorme engaño. Por otra, sienten en su interior la necesidad de creer en algo o en alguien que dé un sentido y una esperanza nueva a su vida. ¿No será el momento de buscar nuevos caminos hacia Dios?

“Yo sigo yendo a misa casi todos los domingos. Así me enseñaron desde niño. No sabría decir exactamente por qué voy. Supongo que me servirá para algo. A veces pienso que tendría que tomar más en serio estas cosas de Dios. Pero ¿por dónde puedo empezar?”. Es también una postura de no pocos practicantes que viven su fe religiosa como por inercia. Esta situación se puede prolongar durante años. Pero ¿no es más responsable reaccionar?, ¿no es más sano clarificar la propia postura y decidir cómo quiere uno orientar su vida?

No es fácil definir la actitud religiosa de personas que se expresan en los términos que acabamos de señalar. No se observa una negación rotunda de Dios. Tampoco un interés vivo por él. Dios va quedando como eclipsado por otras preocupaciones. Más que rechazo a Dios, lo que se percibe es desinterés y apatía por lo religioso. En estas personas se ha abierto una brecha profunda entre el mundo de la fe y su vida concreta de cada día. Son más víctimas de un ambiente, que personas que han tomado una decisión. Hace unos años, el ambiente las llevaba hacia la religión, hoy se ven arrastradas en dirección contraria.

- ***Un itinerario bastante frecuente***

**8.** Los caminos que siguen las personas que se distancian de la experiencia religiosa pueden ser diferentes. Hay quienes se han dejado contagiar pasivamente por el ambiente de enfriamiento religioso. Bastantes han descuidado la oración y la práctica religiosa que hubieran alimentado su fe. Algunos se han visto condicionados por una conducta en contradicción con las exigencias de una vida cristiana. Otros han asumido ideologías contrarias a la fe<sup>6</sup>. El itinerario de cada individuo es, sin duda, personal y propio. Pero no es difícil señalar algunas etapas que siguen no pocos.

Muchas veces todo comienza con el abandono de la asistencia regular a la misa dominical. Las razones que se dan son de todo tipo. De hecho, se abandona la práctica religiosa. La persona vive ahora su fe de otra forma: “Soy creyente, pero no practicante”.

Esta situación va evolucionando con frecuencia hacia un alejamiento progresivo de la Iglesia. El que no practica, se siente cada vez menos integrado en la comunidad cristiana. Pierde el contacto con otros creyentes. Mira a la Iglesia como desde fuera. Cada vez la entiende menos. Es fácil entonces llegar a otra postura: “Creo en Dios, pero no en la Iglesia”.

Sin embargo, poco a poco, la persona puede ir perdiendo “el sentido religioso” de la existencia. Mal cuidada y peor alimentada, la fe va perdiendo fuerza para conformar la vida. El individuo se organiza todo desde sus propias opciones: “Yo no hago daño a nadie. ¿Para qué necesito algo más?”.

En este momento se puede llegar a perder la fe en su sentido estricto. La persona olvida a Jesucristo. No se comunica ya con Dios. Cuando se le pregunta, el individuo titubea: “No sé si creo o no. Tal vez, haya algo”.

En algunos puede seguir creciendo la indiferencia religiosa y la apatía. Dios ya no interesa ni como interrogante. La persona se acostumbra a vivir sin Dios.

Bastantes hombres y mujeres se encuentran hoy en alguna de las etapas de este recorrido. El hecho es fácil de explicar en el contexto de la actual crisis religiosa. Pero abandonar la fe de esta forma, ¿introduce más verdad, más responsabilidad y esperanza en la existencia de las personas? ¿Es ésta la actitud más humana ante el misterio de la vida?

- ***Una crisis que afecta a todos***

**9.** Lo dicho hasta ahora podría llevar a alguno a identificar la increencia con el abandono de la práctica religiosa, pensando que la crisis religiosa sólo está afectando a quienes se alejan de la Iglesia. No es así. Pertenecer a la Iglesia, confesar su doctrina y practicar la religión no protege mecánicamente de la incredulidad. Tampoco el hecho de ser presbítero u obispo.

---

<sup>6</sup> En nuestra Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), hablábamos de “los itinerarios hacia la increencia”, nn. 29-35, o.c., pp. 683-686.

Fe e increencia están entreverados en muchos de nosotros. Es cierto que podemos hablar de creyentes y no creyentes, pero esta división es, con frecuencia, demasiado cómoda. La frontera entre fe e increencia pasa por dentro de cada persona. Y lo más honesto sería reconocer al “creyente” que late en el fondo de no pocos alejados, al mismo tiempo que descubrimos al “increyente” que hay en quienes decimos tener fe.

De hecho no son pocos los que viven en un estado intermedio entre el cristianismo tradicional y la descristianización. Se confiesan practicantes, pero su vida cotidiana se nutre de fuentes, convicciones y criterios muy alejados del espíritu cristiano. Su fe es tan lánguida, su esperanza tan apagada, su vida tan pagana como la de muchos contemporáneos que han abandonado la práctica religiosa. Dios está ausente en esferas decisivas de su existencia. Viven en la incredulidad sin formularla explícitamente y sin confrontarla con la fe cristiana.

### **Debilitamiento de la fe**

No es, pues, difícil observar hoy en no pocos un apagamiento de la fe. Su adhesión personal a Dios es cada vez menos firme y confiada. Se siguen llamando creyentes, pero su fe se está quedando como debilitada por la indiferencia y oscurecida por la vacilación y la duda. ¿Cómo se produce este declive de la fe?

- ***Sin sitio para Dios***

**10.** A veces, las personas se instalan en una forma de vivir que, de hecho, ahoga la inquietud religiosa que brota del corazón humano. Su ritmo de vida agitado, su mundo de preocupaciones e intereses, su obsesión por el disfrute inmediato, su manera de consumir noticias y televisión, no dejan apenas resquicio para el crecimiento de la fe. Esa vida pragmática y superficial impide al individuo llegar con un poco de hondura al fondo de su ser. Sólo interesa la satisfacción inmediata. Vivir lo mejor posible.

Poco a poco, la fe de esta persona se diluye. Se queda sin oído para percibir otro rumor que no sea el que proviene de su mundo de intereses. Ya no hay en su vida sitio para Dios. O, quizás, algo que no es mucho mejor. Sólo queda sitio para una religión “rebajada” al plano de lo útil y pragmático, donde lo religioso se convierte en un “artículo” más al servicio del propio bienestar, pero donde falta la adhesión gozosa a Dios y el seguimiento fiel de Jesucristo.

- ***El descuido de la fe***

**11.** Con frecuencia la fe se apaga sencillamente porque se abandona aquello que podría nutrir y reavivarla. Nos preocupamos de casi todo menos de cuidar “lo importante”: la comunicación con Dios, la acogida de su perdón, la paz de la conciencia, la esperanza. Las personas dan sus razones: “No tengo tiempo para esas cosas; la religión no me dice nada; yo tengo mi fe”. Muchos de ellos se siguen llamando “cristianos” y, sin duda, Dios sigue ahí, en el fondo de sus conciencias. Pero su fe cristiana corre el riesgo de extinguirse.

De hecho, aquella religión vivida en la infancia se les va quedando corta y pequeña; no ha ido creciendo a medida que crecía la persona. Es normal que esa vivencia infantil de la religión, que todavía permanece en sus recuerdos, no tenga hoy fuerza para dar sentido y orientación a sus vidas de adultos. ¿No están bastantes abandonando hoy su fe, sin haberla conocido y experimentado como adultos?

- ***La falta de interioridad***

**12.** La fe se debilita, otras veces, por falta de interioridad. Cada vez hay menos espacio para el espíritu en nuestra vida diaria. Bastantes consideran la “vida interior” como algo perfectamente inútil y superfluo. Se organizan su vida sólo desde lo exterior. Casi todo lo que hacen tiene como objetivo alimentar su personalidad más externa y superficial. Por otra parte, la vida del espíritu aparece a veces tan desprestigiada que fácilmente se califica de evasión cualquier intento de cultivar el mundo interior.

Pero, privada de interioridad, la fe se extingue. Nos revestimos de capas y más capas de proyectos, ocupaciones y expectativas, pero el “hombre interior” se debilita. Para que la fe sea fuente de luz y de vida, el ser humano necesita adentrarse en su propio misterio y llegar al corazón de su vida, allí donde es total y únicamente él mismo ante Dios. Cuando la persona pierde contacto con “el nivel trascendente” de su ser, la experiencia religiosa se apaga, incluso aunque se siga practicando una “religión externa”. De hecho, no son pocos los cristianos que no conocen el deseo del Absoluto ni la experiencia de una comunicación personal con él. Viven buscando seguridad religiosa en las creencias y prácticas que encuentran a su alcance, sin adentrarse nunca en una relación viva con la realidad misteriosa de Dios.

- ***El miedo a la exigencia***

**13.** Casi siempre preferimos lo fácil. Nos da miedo tomar en serio nuestra vida y asumirla con responsabilidad total. Es más cómodo “seguir tirando” sin afrontar el sentido último de nuestro vivir. Hoy la misma palabra “religión” despierta en algunos una reacción de defensa. Este temor a la religión puede estar provocado por factores socio-culturales diversos, pero hemos de preguntarnos también honestamente si lo que sentimos no es miedo ante “lo absoluto” de la exigencia que la religión recuerda.

Tenemos miedo a la religión porque tenemos miedo a plantearnos la vida en toda su profundidad. Nos da miedo toda experiencia que pueda poner en peligro nuestro bienestar, revelarnos el vacío de nuestra vida y plantearnos exigencias morales concretas que nos urgirían a una conversión personal. De hecho, la persona que no tiene valor para preguntarse de dónde viene y a dónde va, quién es y qué ha de hacer en la vida, termina distanciándose de Dios. Se pueden seguir entonces dos caminos: se abandona la religión y se olvida todo ese mundo, o se elabora su propia “religión tranquilizante”, cumpliendo unas prácticas, pero eludiendo las exigencias fundamentales del Dios de Jesucristo.

- ***Rechazo de la culpabilidad***

**14.** Nadie quiere oír hoy hablar de sus pecados. A muchos les parece indigno responder ante Dios de la propia culpa. Piensan que hay que superar tiempos pasados en que tanto se sentía “el peso del pecado”, y suprimir de nuestra vida toda experiencia de culpabilidad que pueda perturbar nuestra conciencia.

Probablemente no andan descaminados quienes creen captar en el interior del ateísmo contemporáneo un componente importante de rechazo de la culpabilidad. De hecho, el distanciamiento religioso de bastantes encubre un intento de sacudirse de encima el recuerdo del pecado y de borrar a Dios de la propia conciencia. Si muchas veces no buscamos el perdón de Dios es porque no sabemos reconocer humildemente nuestro pecado.

- ***La oscuridad de la duda***

**15.** No pocos cristianos sienten brotar en su interior toda clase de dudas. Aunque percibidas hoy con sensibilidad especial, muchas de ellas son dudas de siempre, vividas por creyentes de todos los tiempos. Nadie está libre de la “duda religiosa”. La fe no es una propiedad de la que podemos disponer con seguridad inamovible, sino una adhesión que hemos de cuidar con fidelidad.

Cuando algunas personas hablan de sus “dudas de fe” suelen referirse, en realidad, a sus dificultades para comprender de manera coherente y razonable algunos aspectos del dogma cristiano: “¿Cómo ha resucitado Jesús? ¿Cómo puede haber un infierno eterno? ¿Cómo puede estar Cristo presente en la Eucaristía?”. Son cuestiones que les están pidiendo una mayor clarificación.

Pero, otras veces, lo que preocupa no son los dogmas sino algo más fundamental y previo: “¿No será todo un inmenso engaño? ¿Quién sabe algo con seguridad? ¿Por qué Dios no se revela con más claridad? ¿Por qué tengo que subordinar mi existencia a algo tan poco verificable?”. Sin formularlo de manera precisa, hay personas que experimentan en su interior una profunda división: “Quisiera creer, pero no me siento capaz de adherirme de forma total al cristianismo. Siento que no puedo o no debo abandonar mi religión cristiana, pero al mismo tiempo me encuentro cada vez más extraño a todo eso”.

No es difícil entonces sentirse culpable de algo, sin saber exactamente de qué: “¿Qué me ha pasado? ¿Qué he hecho yo estos años para llegar a esta situación? ¿Por qué no creo con la seguridad de otros tiempos? ¿Con tantas dudas dentro de mí, soy todavía creyente?”.

## **Crecimiento de la indiferencia**

Junto a ese proceso de debilitamiento de la fe es fácil observar también algunos posicionamientos bastante generalizados entre nosotros, que terminan por hacer crecer la indiferencia.

- ***Un dudoso agnosticismo***

**16.** “Yo soy agnóstico”. Es frecuente entre nosotros escuchar tal afirmación. Sin embargo, quien así habla, está muchas veces lejos de un verdadero agnosticismo. El agnóstico es una persona que se plantea honestamente la cuestión de Dios y, al no encontrar razones para creer ni para dejar de hacerlo, suspende su juicio. El agnosticismo es, por tanto, una búsqueda que termina sin alcanzar su objetivo.

Sin embargo, no pocos de los que hoy se confiesan agnósticos, lo hacen sin haber llevado a cabo esfuerzo alguno por buscar a Dios. Sencillamente se desentienden de la cuestión. Dios les resulta indiferente. Lo que pretenden, en realidad, es mantenerse en una “postura neutral”, sin decidirse ni a favor ni en contra de la fe. Pero, al actuar así, adoptan una decisión, la peor de todas: no ahondar en el misterio último de la existencia. ¿Es ésta la postura más humana ante la realidad?, ¿se puede presentar como responsable y adulta una vida en la que está ausente la voluntad de buscar la verdad última de todo?

- ***Una idea de progresismo***

**17.** “La religión está desfasada. Hay que estar a la altura de nuestros tiempos”. Así dicen no pocos. Uno de los dogmas fundamentales de la cultura moderna es la fe en el poder absoluto de la razón. Se piensa que, con la fuerza de la razón, el ser humano es capaz de resolver los problemas de la existencia. Al mismo tiempo, ha ido creciendo una convicción: lo único que existe es lo que el hombre puede verificar científicamente. Fuera de esto, no hay nada real.

Si esto fuera así, naturalmente ya no habría sitio para la experiencia religiosa. La fe en Dios quedaría descalificada de raíz como una postura ingenua y primitiva. Desconectada de toda relación con Dios y privada de destino trascendente, la vida se reduce entonces fácilmente a un breve episodio que hay que llenar de bienestar y de experiencias placenteras.

Envueltos en este clima contrario y hostil a lo religioso, no son pocos los cristianos que viven su fe con una especie de “complejo de inferioridad”. Algunos sienten incluso una desconfianza cada vez mayor hacia una religión que el ambiente social y los medios de comunicación presentan casi siempre como algo negativo y desfasado. Sin embargo, graves interrogantes se abren paso hoy en la conciencia moderna: “¿Puede la razón responder a todos los interrogantes y anhelos del ser humano? ¿Puede el hombre darse a sí mismo todo lo que anda buscando? Considerar la ciencia como única fuente de conocimiento, ¿es principio de verdadero progreso o, más bien, un inmenso error que está distraendo a la humanidad de las cuestiones fundamentales que plantea la condición humana?”.

- ***Una fe sin práctica***

**18.** “Soy creyente pero no practicante”. Así se definen hoy bastantes, como si estas palabras expresaran el posicionamiento acabado de quien ha descubierto la postura más responsable de vivir la fe en nuestros tiempos. Pero ¿qué significa en realidad ser creyente y no practicante?, ¿incoherencia personal?, ¿arrinconamiento de la fe al lugar de “lo poco importante”?, ¿incapacidad para poner en práctica las exigencias de la fe?

Cuando la fe no es vivida y expresada en una práctica religiosa queda privada de la experiencia personal y comunitaria que la sustenta. El no practicante corre así el riesgo de ir olvidando a Dios. Su fe puede fácilmente perder fuerza para informar la vida concreta.

Esta postura de fondo puede anidar también en el cristiano practicante que “cumple sus deberes religiosos”, pero no “pone en práctica” las exigencias de justicia, fraternidad y solidaridad que brotan de la obediencia a un Dios Padre.

### **Una reacción nueva**

**19.** En medio de este clima generalizado se comienza a percibir entre nosotros un fenómeno todavía minoritario, pero no por ello menos significativo. Personas que se habían alejado de la religión inician hoy un proceso de búsqueda.

No es fácil precisar lo que buscan. Quieren encontrar de nuevo una base para sustentar su fe; sienten necesidad de algo diferente en sus vidas; desean vivir de otra forma. Por otra parte, no quieren vincularse demasiado a ninguna Iglesia; temen perder libertad. Se interesan, sobre todo, por Dios, por Jesucristo y su Evangelio.

Estas personas sienten necesidad, antes que nada, de clarificar su actitud religiosa: desmontar falsas ideas, deshacer prejuicios contra la religión, aclarar concepciones confusas de la fe, descubrir qué es lo esencial dentro de un cristianismo que se les presenta complicado y sobrecargado. Algunos necesitarán, además, curar heridas y decepciones pasadas, para superar un rechazo que les impide vivir lo religioso con serenidad.

“Volver a creer” no quiere decir volver a la fe del pasado. Estas personas no buscan recuperar costumbres religiosas ya olvidadas, ni vivir de nuevo experiencias tal vez poco gratas de otros tiempos. Quieren descubrir la fe de manera nueva, más convincente y positiva. Quieren comprender mejor las cosas y aprender a creer de forma más sincera y más personal. Son estos hombres y mujeres quienes probablemente mejor comprenderán esta Carta Pastoral.

Sabemos que este recorrido hacia una fe auténtica no es fácil, pues se trata de reconstruir la vida y su sentido más profundo. Pero es posible porque Dios está ahí, desde el inicio, dirigiendo los pasos de quien busca su rostro con sincero corazón.

## II.- ALGUNAS ACTITUDES ANTE DIOS

**20.** La crisis de fe repercute de muchas formas en la vida de los creyentes: distanciamiento de la Iglesia, abandono de la práctica religiosa, reservas ante el contenido de la doctrina cristiana<sup>7</sup>. Sin embargo, en el fondo de todo, como hecho decisivo y determinante está el distanciamiento progresivo de Dios. El deterioro de la adhesión personal a Dios, la dificultad para creer en él. De aquella fe que veía a Dios en todas partes, estamos pasando a una situación donde la primera pregunta religiosa es ésta: “¿Dónde está Dios? ¿Dónde podemos encontrarnos con él?”.

Dios sigue estando, sin duda, presente en la vida de los hombres y mujeres de este final de siglo. Son muchas las cosas que lo ocultan, pero nada tanto como nuestra propia ceguera. Muchos ruidos apagan su voz, pero no tanto como nuestra sordera. Por eso, para encontrarse con él, no basta preguntar “¿dónde está Dios?”. Hemos de preguntarnos también “¿dónde estamos nosotros?”.

No es fácil saber qué sucede en la interioridad de los individuos y cómo se las ve cada uno con Dios. La cultura moderna ha transformado profundamente la estructura interna de las personas. Hemos cambiado mucho por dentro. Nos hemos hecho más críticos y menos consistentes, más escépticos y menos confiados. ¿Cómo vivimos hoy ante Dios? Sólo conociendo mejor nuestra postura personal ante Dios, podremos encontrar el camino hacia él.

Vamos a tratar de dibujar algunas actitudes que creemos percibir entre nosotros. No es fácil, a veces, trazar las fronteras entre ellas. Con frecuencia se dan simultáneamente incluso en la misma persona. No hablamos en este momento de la actitud del creyente que vive su fe con gozo y paz, tratando de responder fielmente a Dios en medio de sus limitaciones y pecado. Conocemos a muchos que viven esa fe que entraña amor a Dios, confianza firme, adhesión fiel, obediencia, acogida de su perdón, acción de gracias. Nos detenemos ahora en algunas actitudes que pueden encubrirse bajo términos generales como “incredulidad”, “secularización”, “abandono religioso”.

### Indiferencia

**21.** Lo que caracteriza la actitud de no pocos ante Dios es la indiferencia. Dios no les dice nada. Reaccionan así al escuchar su nombre: “¿Dios?, no me interesa; bastante tengo con mis problemas. Tal vez sea importante, pero no tengo tiempo para ocuparme de esas cosas. No veo para qué puede servir Dios”. Eso es lo que aflora de su interior: “¿Para qué creer?, ¿cambia algo la vida?, ¿sirve la fe realmente para algo?”.

Por lo general, son personas que poco a poco han ido arrinconando a Dios de su existencia. Hoy Dios no cuenta en absoluto para ellos a la hora de orientar o dar un sentido a su vivir diario. Viven, de hecho, en un “ateísmo práctico”. No les preocupa que Dios exista o deje de existir. Se han acostumbrado a vivir sin él, y no

---

<sup>7</sup> Ver la Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), nn. 7-11, o.c., pp. 670-672.

experimentan nostalgia ni vacío alguno. Todo marcha más o menos como antes. ¿Para qué ocuparse de estas cosas?

Esta indiferencia no es sólo el estadio final de un proceso de abandono de la fe. Empieza a echar raíces en nosotros desde el momento mismo en que arrinconamos a Dios como algo poco importante y nos organizamos la vida de espaldas a él. Por eso, se puede dar también en quienes nos decimos creyentes. No pocas veces la superficialidad de nuestra vida, el descuido de la fe y el culto secreto a tantos ídolos nos sumerge en largas crisis de indiferencia y apatía interior. ¿Se puede reaccionar? ¿Es posible una nueva experiencia de Dios? ¿Por dónde empezar?

### **Sin experiencia de Dios**

**22.** Es precisamente esta experiencia personal de Dios lo que les falta a no pocos. Dios les resulta un “ser extraño”. Cuando entran en una iglesia o asisten a una celebración religiosa, todo les parece artificial y vacío. Lo que escuchan se les hace lejano e incomprensible. Tienen la impresión de que todo lo que está ligado con Dios es infantilismo e inmadurez, un mundo ilusorio donde falta sentido de la realidad. Por lo general, son personas que han vivido durante años una religión puramente externa y, al cambiar ahora de costumbres de vida, abandonan la práctica y, con ella, toda experiencia religiosa. Dios va desapareciendo así de sus vidas sin apenas dejar huella.

También entre los practicantes puede faltar esta experiencia personal de Dios. Hay cristianos que asisten al culto y pronuncian fórmulas rutinarias, pero no abren su corazón a Dios. Nunca escuchan su presencia en su interior ni en su vida. Más que creer en Dios, creen a quienes hablan de él. Saben de Dios “de oídas”, no por experiencia personal. Se imaginan que, por el hecho de aceptar unas doctrinas y cumplir unas prácticas religiosas, están creyendo en el Dios encarnado en Jesucristo como creyeron los primeros discípulos. ¿Cómo salir de esa fe rutinaria y externa, vivida como por inercia? ¿Cómo percibir la presencia de Dios en la propia vida? ¿Cómo llegar a la experiencia de Job: “Hasta ahora hablaba de ti de oídas; ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5)?

### **Sin caminos hacia Dios**

**23.** En el fondo de la indiferencia religiosa de no pocos se esconde la dificultad de pensar y de sentir a Dios como Dios. Incluso los que nos decimos cristianos no acertamos muchas veces a “estar ante Dios”. Se nos hace difícil reconocernos como criaturas, seres frágiles y desvalidos, pero amados infinitamente por él. No sabemos admirar su grandeza insondable y gustar su presencia cercana y amorosa. Nos resistimos a rendirle nuestro ser y a invocar su nombre con fe y confianza filial.

Todo esto tiene, sin duda, sus causas y raíces de orden socio-cultural. Pero lo cierto es que todos podemos estar en estos momentos cerrando caminos que nos podrían llevar personalmente hacia Dios. Vivimos con frecuencia girando en torno a nosotros mismos y a nuestros intereses inmediatos. Trabajamos y disfrutamos, amamos y sufrimos, vivimos y envejecemos, pero nuestra vida transcurre a veces sin dirección ni horizonte último. Nos movemos por el mundo, tocamos las cosas,

gozamos de la naturaleza, pero no acertamos a descubrir la presencia de ese Dios que lo penetra todo.

Tras esta incapacidad para encontrarnos con él, se esconde casi siempre algo previo. Si nos estamos alejando de Dios, ¿no será porque antes nos hemos alejado de nosotros mismos y nos hemos instalado en un estilo de vida donde ya Dios no puede ser percibido? Lo decíamos más arriba. Cuando la persona se contenta con un bienestar hecho de cosas y su corazón queda cogido sólo por preocupaciones de orden material, ¿podrá brotar en esa vida la pregunta por Dios? Cuando el individuo vive volcado hacia lo exterior, perdiéndose en las mil formas de evasión que ofrece la sociedad, ¿cómo podrá captar que lleva en su corazón un misterio mayor que él mismo?

Tal vez nuestro primer problema es éste: ¿Cómo abrir en nuestra vida caminos hacia Dios? ¿Cómo descubrir que esas rendijas que todo ser humano mantiene abiertas a lo verdadero, lo bueno, lo bello, pueden llevarle al encuentro con su Dios?

### **La difícil comunicación**

**24.** No es raro hoy encontrarse con personas que valoran profundamente la fe de los demás y están convencidos de que esa fe no es una ilusión. Sin embargo, ellos no se sienten con fuerzas para adherirse a esa misma fe. Su relación con Dios está como bloqueada. No saben cómo relacionarse con él. Se les hace imposible. Durante muchos años han vivido la religión como un deber. Hoy no saben exactamente cómo situarse ante Dios. Quisieran de verdad creer en él, pero no saben cómo. Desearían poder rezarle, pero no les sale nada de su interior.

No es ésta una experiencia exclusiva de quienes se han distanciado de lo religioso. También los que nos confesamos creyentes podemos tener esta dificultad. Cogidos en una red de actividades, relaciones, ocupaciones y problemas, no acertamos a veces a comunicarnos vitalmente con ese Dios en quien decimos creer. Hemos reducido el tiempo dedicado a orar y escuchar a Dios. En muchos hogares ya no se reza. De poco sirve entonces confesarse creyentes. Algo va muriendo en nosotros cuando no conocemos la comunicación cálida y confiada con Dios.

Algunos comienzan a reaccionar: “¿Es culpa mía si no me sale rezar? Probablemente sí, pero ¿dónde está mi falta?, ¿qué puedo hacer?”. Ciertamente, no podremos recomponer nuestra experiencia religiosa si no acertamos a comunicarnos con Dios.

### **El miedo a Dios**

**25.** Lo que impide precisamente a bastantes el acercamiento confiado a Dios es el miedo. Hemos de reconocerlo. Durante años el miedo ha configurado, en buena parte, la relación de muchos cristianos con Dios. Las cosas han funcionado con frecuencia más o menos así: Dios es peligroso; la religión sirve, sobre todo, para estar seguros de que no se tiene nada que temer; hay que estar a buenas con Dios

cumpliendo sus leyes y practicando los ritos prescritos; sólo así queda uno protegido del castigo divino que, en todo caso, caerá sobre los demás.

En pocos años, las cosas han cambiado. Muchos han perdido todo rastro de temor a Dios y, una vez perdido el miedo en el que se sustentaba su experiencia religiosa, lo han abandonado todo. Hoy viven de forma arreligiosa, encerrados en su propia aventura, sin abrirse nunca a lo trascendente. Su corazón se va haciendo cada vez más ateo.

Otros han perdido el miedo pero, por si acaso, no abandonan del todo la religión. Siguen “practicando” porque nunca se sabe; no es fácil estar seguro de que ese Dios peligroso no existe. Por otra parte, la religión les sigue siendo útil cuando llega la desgracia o el peligro. Siempre es mejor tener a Dios de nuestra parte.

El miedo sigue marcando la religión de no pocos cristianos. Cuando piensan en Dios no pueden evitar sentirlo como un ser amenazador y exigente ante el cual lo primero es estar en regla. Este miedo a Dios crece cuando piensan en la muerte. Mientras uno vive parece que está como más “protegido” frente a él, pero lo terrible de la muerte es que se cae ya sin remedio en manos de ese Dios. Algunos lo confiesan con claridad: “¿No sería la vida más tranquila si tuviéramos la seguridad de que no hay Dios o de que, al menos, no hay condenación eterna?”

Hay, sin duda, un temor a Dios que es sano. La Escritura lo considera “el comienzo de la sabiduría” (Prov 1,7). Es el temor a malograr nuestra vida encerrándonos en nosotros mismos sin escuchar la llamada de Dios. Este temor lleva a la conversión. Pero el miedo del que aquí hablamos es malo. No acerca a Dios. Aleja más de él. Es un miedo que deforma el verdadero ser de Dios y lo hace inhumano. Un miedo que ahoga la verdadera fe. ¿Cómo pasar del miedo a la confianza filial?, ¿cómo encontrarse con un Dios que es sólo Amor?

## **La evasión**

**26.** No es miedo lo que otros sienten ante Dios, sino malestar. No pueden pensar en él sin experimentar su propia indignidad y pecado. “Dios sólo despierta en mí malos recuerdos: pecado, remordimientos, confesión”. Recordar a Dios es sentirse acusado. Para estas personas Dios es el Ser que de forma permanente e implacable reprocha nuestro vivir. Un Dios que nos devuelve la imagen de nuestra pequeñez y mediocridad. Imposible acercarse a él sin sentirse humillado.

Es fácil entonces la tentación de evitar a este Dios. En el fondo, es defenderse de una experiencia sumamente fastidiosa. A nadie puede atraer sentirse siempre acusado. Por eso nos resistimos a que nadie conozca lo que somos y lo que hacemos. Intentamos ocultar las profundidades de nuestra alma incluso a nuestros propios ojos. No soportamos un Dios que sea realmente Dios y pueda sondear los rincones más oscuros de nuestro ser. Mejor tener a ese Dios lejos y olvidado.

Todos podemos caer más o menos en esta actitud, pues todos tendemos a considerar el pecado como algo que aleja a Dios de nosotros. Imaginamos a Dios tan mediocre como nosotros: alguien que ama a quienes lo aman, y rechaza a los que no son fieles. No terminamos de creer que Dios nos ama gratuitamente, no

porque lo merecemos sino porque es nuestro Padre, no porque somos buenos sino porque es bueno él. ¿Cómo aprender a experimentar su presencia amorosa que me acepta tal como soy? ¿Cómo descubrir que pocas veces estoy tan cerca de Dios como cuando me reconozco pecador y acojo agradecido su perdón?

### **Expulsar a Dios de la conciencia**

**27.** No son pocos los que experimentan a Dios como alguien prepotente y poco grato ante quien tenemos que defender nuestra libertad. Personas alejadas y cristianos practicantes siguen sospechando que Dios es alguien que nos hace la vida más difícil de lo que ya es de por sí. Hombres y mujeres, lo único que buscamos es ser felices, y ahí está Dios imponiendo sus mandamientos y señalando unos límites que no se deben traspasar. “¿No sería la vida más libre, más espontánea y feliz sin él?”.

Cuando se piensa que Dios no deja ser libre ni disfrutar, la persona va prescindiendo de él. La moral cristiana se presenta como un fastidio y una carga pesada, la mejor manera de hacer la vida más dura y penosa. Es fácil entonces arrojar a Dios de la conciencia. Olvidar su voz amistosa pero exigente. Además, cuando no se vive ya de acuerdo con las exigencias morales que derivan de la fe, se hace cada vez más difícil la adhesión a Dios, la oración y la práctica religiosa. ¿Cómo descubrir que Dios es el mejor amigo de la dicha humana? ¿Cómo se podrá experimentar su presencia como el mejor estímulo y la fuerza más vigorosa para vivir de manera acertada y sana?

### **Utilización de Dios**

**28.** Un Dios, que es Amor, no puede ser vislumbrado por la mirada egoísta del que sólo piensa en su propio provecho y utilidad. No tiene sitio en la vida de la persona dominada por el interés, la ganancia o el disfrute. Un Dios, que es acogida y ternura gratuita para todos, no puede ser captado por espíritus calculadores que viven sólo para acrecentar su propio bienestar.

Dice san Juan que “quien no ama no conoce a Dios porque Dios es amor” (1 Jn 4,8). Es así. ¿Qué eco puede tener hoy en algunos sectores hablar de un Dios que es Amor gratuito? Cuando se cree poco en el amor y mucho en el dinero y la rentabilidad, Dios se convierte en algo irreal y abstracto. Es difícil entonces creer que existimos desde un origen amoroso y que nuestro último destino es la comunión con Dios.

Sólo queda sitio para una religión rebajada a “artículo de consumo”. Sólo interesa un Dios útil, al que se le pueda sacar algún provecho. Un Dios al servicio de los propios intereses. ¿Cómo conocer una experiencia diferente de Dios, Amor gratuito, capaz de despertar la adoración, la alabanza y la acción de gracias?

### **El ambiguo retorno de lo religioso**

**29.** Estamos asistiendo, en nuestros días al crecimiento y difusión de numerosos grupos y movimientos donde se entremezclan diferentes tradiciones y elementos

más o menos religiosos. Son también bastantes los que se inician en diversas técnicas de interiorización o frecuentan centros de meditación. Crece, por otra parte, el interés por lo esotérico y lo parasicológico.

Muchos quieren ver en todo ello un síntoma de la insatisfacción religiosa del hombre contemporáneo cuya hambre de Dios no pueden llenar el progreso científico ni el desarrollo tecnológico. Sin embargo, no es difícil observar en todo este fenómeno una gran dosis de ambigüedad. Con frecuencia la religión es sustituida por la superstición; la conversión a Dios, por la “inmersión” en lo Absoluto; la acogida de la salvación, por la búsqueda de paz y armonía interior<sup>8</sup>. ¿Cómo encontrar el verdadero camino hacia Dios? ¿Cómo abrirnos a su salvación?

---

<sup>8</sup> Ver *La oración cristiana: encuentro entre dos libertades*, Carta de la Congregación de la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos de la meditación cristiana (15 de octubre de 1989), n. 12.

### III.- NECESIDAD DE REACCIONAR

La fe, pues, se ha convertido en una experiencia problemática. Muchos ya no volverán a creer como hace unos años. ¿Pero cómo actuar de forma responsable y confiada? Bastantes se van construyendo su propio mundo interior, sin poder evitar muchas veces graves incertidumbres e interrogantes. Hacen su “recorrido religioso” de forma solitaria y callada, sin guías ni puntos de referencia. Cada uno actúa como puede en estas cuestiones que, sin embargo, afectan a lo más profundo del ser humano. ¿No nos podríamos ayudar más unos a otros? Ésta es la preocupación que nos mueve en esta Carta.

#### **Decisión más responsable**

**30.** Muchas veces estamos viviendo en medio de la crisis sin tomar una decisión personal consciente. Unos se alejan de la religión, otros la han reducido al mínimo, no pocos viven una fe rutinaria y apagada. Con frecuencia todo esto se está produciendo sin que las personas se planteen qué actitud quieren adoptar ante Dios y por qué. ¿No es necesaria una decisión más responsable y honesta?

Algunos no se hacen problema de nada. Siguen practicando, pero viven su fe como por inercia. Dios no les atrae ni les preocupa; les deja indiferentes. Esta situación se puede prolongar durante años. Pero, ¿no es una contradicción “cumplir con la religión” y hacer el recorrido de la vida prácticamente sin Dios?

Otros han eliminado de su vida toda práctica religiosa. Pero, ¿basta con eso para resolver con seriedad la postura personal ante el misterio último de la vida?

Hay quienes se han distanciado de la Iglesia, pero dicen creen en Dios. Y ciertamente muchas veces es así. Sin embargo, ¿qué significa creer en un Dios al que apenas se le recuerda, con quien jamás se dialoga, a quien no se escucha, de quien no se espera nada con gozo?

Algunos proclaman que es hora de aprender a vivir sin Dios, enfrentándose a la vida con mayor dignidad y nobleza. Sin embargo, el abandono de Dios, ¿les ha llevado a vivir una vida más digna y responsable?

Otros se han fabricado su propia religión y se han elaborado una moral a su medida. Pero ¿ha sido para vivir de forma más humana o, más bien, para situarse en la vida con más comodidad, evitando toda interpelación que pueda cuestionar su existencia?

Tal vez ésta es la pregunta que todos nos hemos de hacer. Es fácil en estos momentos dejarse llevar por el ambiente, pero no supone ni más coraje ni más verdad. No nos atrevemos a confesarlo abiertamente, pero, en el fondo, ¿no estamos todos eludiendo de mil formas a Dios?

## **Buscar con sinceridad**

**31.** No es bueno, pues, vivir una crisis religiosa como la actual sin reaccionar. Lo más honrado es buscar con sinceridad. No desechar ninguna llamada. No cerrar ninguna puerta. Buscar a Dios, incluso desde esa fe débil, mediocre o vacilante.

Esta búsqueda la necesitamos también los que nos confesamos creyentes convencidos. Nos hemos acostumbrado a decir que creemos en Dios sin que nada “decisivo” suceda en nuestra vida. Incluso puede parecer que “tener fe” dispensa de vivir buscando su rostro. Hablamos de Dios, pero ¿cuándo buscamos al que está detrás de esa palabra?, ¿dónde y cuándo escuchamos su presencia?, ¿dónde y cuándo nos ponemos ante él?

No es fácil buscar la verdad de Dios. Pocos la desean hasta el final. Tenemos miedo de que nos obligue a cambiar. En el fondo, nuestra indiferencia religiosa o nuestra fe rutinaria, ¿no tienen a veces su origen en el temor a buscar la luz? Sin embargo, Dios no se esconde de quien lo busca. Al contrario, está en el interior mismo de esa búsqueda trabajando el corazón humano. ¿Cómo dejarse atraer por él?

## **Aprender a invocar**

**32.** Esta búsqueda de Dios no es posible si la persona no le invoca desde el fondo del corazón, a solas, en la intimidad de la propia conciencia. Es ahí donde el individuo se abre confiadamente a su presencia o donde decide vivir solo, de forma atea, sin Dios. Pero ¿cómo invocar a Dios cuando uno apenas cree ni está seguro de nada?

Muchos hoy no pueden o no quieren rezar. Para ellos Dios no es sino un “concepto”. Una idea, tal vez sublime y excelsa, pero que no se deja sentir en su corazón. No niegan que exista, pero no saben relacionarse con él. Dios está situado en el mundo abstracto de las ideas, pero no es reconocido como alguien vivo y cercano, que fundamenta y alienta la vida de la persona. Éstos pueden hablar o discutir sobre Dios, pero nunca le hablan.

Sin embargo, toda búsqueda verdadera de Dios se inicia y se sostiene con esta invocación más o menos explícita: “Dios mío, si existes y me amas, muéstrame tu rostro”. Esta oración humilde pero sincera, hecha muchas veces desde la oscuridad y la vacilación, es imprescindible para mantener el deseo de Dios y perseverar en la búsqueda. Nadie vuelve a Dios sin escucharlo como Amigo en el fondo de su corazón. Pero ¿cómo aprender a invocar a Dios desde la incredulidad o la duda?

## **Creer desde la oscuridad**

**33.** Precisamente es la duda lo que parece debilitar la fe de no pocos. ¿Cómo creer cuando todo es duda y desconcierto? Lo primero es diferenciar bien lo que es duda honesta y responsable, de lo que puede ser indiferencia y escepticismo.

La persona que duda desde una actitud honesta no rechaza nada. Tampoco se mantiene indiferente. Sencillamente busca, se interroga, trata de encontrar motivos para creer de manera responsable. La indiferencia es otra cosa. El que adopta una postura indiferente ante el interrogante de Dios está eludiendo, en definitiva, la cuestión del sentido último de su existencia. El indiferente no busca. Más bien, se refugia en un mundo de desconfianzas y sospechas que le dispensan de buscar. Por eso es sano preguntarse: “¿Qué es exactamente lo que yo me resisto a creer y por qué? Mi situación actual, ¿es resultado de una búsqueda honesta, o la coartada de quien no se decide a vivir de forma más responsable y comprometida?”.

Ante las “dudas de fe”, la primera reacción no ha de ser intentar encontrar respuesta a cada interrogante concreto, sino preguntarse qué orientación global quiero dar a mi vida. “¿Deseo realmente encontrar la verdad? ¿Estoy dispuesto a dejarme interpelar por la verdad de Dios?”. La verdad de nuestra fe no depende de nuestras dudas o certezas, sino de nuestra relación sincera con Dios. Y no es necesario resolver todas y cada una de nuestras dudas para vivir en verdad ante él.

Lo importante es la verdad del corazón. No hay que fiarse de las certidumbres y seguridades del pasado, ni desanimarse cuando ahora surgen las dudas. La verdadera fe no está en nuestras explicaciones bien fundadas ni en nuestras dudas, sino en la sinceridad del corazón que busca confiadamente a Dios.

## **Reconstruir la fe**

**34.** *¿Puedo yo volver a creer de esta forma nueva y sincera?* Ésta es la pregunta de fondo de quien, afectado por la crisis religiosa, se plantea honestamente su postura ante Dios. ¿Es posible reconstruir la fe? Esta pregunta viene acompañada casi siempre por la necesidad de aclarar otras cuestiones más concretas. Recogemos algunas:

*¿Hay que hacer algo para creer?* Es claro que a nadie se le puede forzar desde fuera para que crea. Tampoco puede nadie “forzarse” a sí mismo para obligarse a creer. Pero tampoco basta una actitud pasiva o indiferente. La fe no se despierta dejando pasar los años uno tras otro, esperando que un día mi vida cambiará. Es necesario estar más atentos a los interrogantes, anhelos y llamadas que nacen de nuestro interior. Dios nos está buscando aunque nosotros no lo sepamos.

*¿Hay algún método para aprender a creer?* Ciertamente no hay recetas ni fórmulas que conduzcan necesariamente a la fe en Dios. Cada uno ha de recorrer su propio camino. Pero sí son necesarias algunas actitudes: honestidad con uno mismo, escucha interior, una voluntad de coherencia y fidelidad, una orientación de la persona hacia Dios.

*¿Es fácil creer o sólo está al alcance de algunos?* Creer es tan fácil y, al mismo tiempo, tan arduo como lo es el vivir o el amar. Lo propio del creyente es que no se contenta con vivir su vida de cualquier manera, y busca precisamente en su fe el mejor estímulo y la mejor orientación para vivirla intensamente. Lo importante es que Dios está ahí, acompañando a todo ser humano sin cerrarse a nadie.

*Creer, ¿no es cuestión de temperamentos?* Sin duda, la estructura personal de cada uno y, sobre todo, su trayectoria pueden predisponer a adoptar una actitud u otra ante la vida. Pero la fe no es un asunto de personas “crédulas” o “piadosas”. Todo hombre o mujer puede abrirse confiadamente al misterio de Dios, aunque cada uno lo hace desde su propia forma de ser.

*Para volver a creer, ¿hay que sentir algo especial?* No necesariamente. Algunos pueden sentir la paz y la alegría de estar descubriendo un camino hacia Dios. Pero lo importante no es buscar “experiencias especiales”, sino abrir el corazón a Dios, ponerse ante él con confianza, sentirse comprendido y perdonado, escuchar su llamada a comenzar una vida nueva.

*¿Se le puede obligar a una persona a creer?* No. Cada uno es responsable de su propia vida y del sentido que quiera dar a su vivir y a su morir. Lo que todos podemos hacer es dialogar entre nosotros, compartir y contrastar nuestras experiencias, y ayudarnos a adoptar una postura humana siempre más responsable y esperanzada.

Estas preguntas y otras semejantes parecen estar pidiendo hoy un esfuerzo por esclarecer mejor la cuestión de fondo: ¿qué es creer?, ¿cómo hemos de entender ese proceso que lleva a la persona a confiar en el misterio de Dios?, ¿en qué consiste la fe?

## IV.- ¿QUÉ ES CREER EN DIOS?

**35.** También hoy, como en todos los tiempos, el ser humano es un problema para sí mismo. Hay algo que le pide justificarse a sí mismo y dar un sentido a su existencia. “¿Por que he nacido?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿qué se quiere de mí?, ¿qué me espera?”. La cultura secular ha ido eliminando la respuesta religiosa a estas preguntas, pero no aporta un saber capaz de darles respuesta adecuada. Cada hombre o mujer ha de buscar su respuesta personal.

Nosotros vamos a hablar de la respuesta del creyente. La fe no es una reacción automática ante la vida; es una decisión personal que se despierta y madura en cada individuo. No hay dos formas iguales de vivir ante el misterio de Dios. Cada creyente ha de hacer su propio recorrido. No pretendemos ahora analizar el acto de fe ni exponer una teología de la fe cristiana. Sólo queremos recordar algunos aspectos que nos ayuden a todos a entender mejor el proceso que lleva a creer en Dios.

### **Dios no está lejos de nadie**

Lo primero que queremos recordar es que la fe no se debe al esfuerzo generoso que realiza la persona. No es el resultado de su trabajo de búsqueda. El ser humano anhela y busca. Pero “creer” es regalo de Dios. Una manera de vivir, que nace y se alimenta de su gracia.

#### • ***Dios está ahí desde el inicio***

**36.** La persona sólo inicia su movimiento hacia Dios porque, desde el primer momento, Dios está en el fondo de su ser, atrayéndola hacia su propio Misterio. Es su presencia amorosa la que origina y sostiene su itinerario hacia Dios. Buscamos a Dios *a tientas*, pero él “no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,27-28). Sin su luz, tenuemente anunciada o presentida, aunque sólo sea bajo forma de preguntas que brotan en el corazón humano, nadie buscaría su rostro. Sin su presencia, percibida oscuramente en el fondo de la conciencia, nadie daría paso alguno hacia él.

Todo hombre o mujer, lo sepa o no, está habitado por esta presencia de Dios. Aun el más indiferente, el más mediocre, el más incrédulo, vive envuelto por la gracia de Dios que lo acoge y lo ama sin fin. Ese Dios no fuerza ni coacciona. Sólo se ofrece, sin retirar nunca su amistad. Ni siquiera el pecado destruye su presencia. Sólo impide que nos abramos a ella.

Sería una equivocación pensar sólo en una acción secreta de Dios en lo más íntimo de nuestro ser. En realidad, Dios se ofrece y nos busca permanentemente y de mil maneras a todos y cada uno de nosotros, a través de personas, experiencias y acontecimientos que alientan nuestra existencia, nos interpelan y nos atraen hacia él.

- **La acogida del hombre**

**37.** Por eso, el esfuerzo de la persona que quiere creer no se dirige a “conseguir” algo, a “poseer” a Dios, a “entender” por fin el misterio de la vida. Se orienta, más bien, a hacerse disponible, a escuchar y acoger, a sintonizar con la llamada que se le hace, a dejarse buscar por Dios. No se trata de conocer a Dios, sino, más bien, de reconocerlo: “Dios estaba ahí, y yo no lo sabía” (Gn 28,16).

Quien se orienta hacia Dios vive una experiencia difícil de explicar, pero cada vez más inconfundible. Busca, pero sobre todo es buscado. Llama, pero sobre todo es llamado. Da pasos, pero atraído y conducido por Alguien. No es él la fuente de la búsqueda. Lo que mejor define su postura es *la acogida*.

- **La fe es don gratuito**

**38.** La fe no es el resultado de nuestras investigaciones. No nace en nosotros porque hemos sabido discurrir de forma correcta o hemos hecho las debidas averiguaciones. La fe brota siempre como una confianza cada vez más viva que Dios mismo va despertando al revelarse en nosotros. Por eso, para creer, lo importante es ponerse ante Dios. Acoger su amor y su llamada. Como dice san Ignacio, *no es el mucho saber lo que importa, sino el gustar y sentir las cosas interiormente*<sup>9</sup>.

La fe no es tampoco una decisión que tomamos convencidos por el testimonio o la argumentación de otros creyentes. No son ellos los que “despiertan” nuestra fe. Sólo pueden invitarnos a escuchar al que está ya presente en nosotros. Lo decisivo es el encuentro con Dios, esos momentos de sinceridad ante él, que pueden cambiar nuestra vida más que todos los argumentos. Esa escucha de su invitación puede ser el camino más corto para despertar y reavivar nuestra fe.

Hemos de decir, pues, que la fe es un *don gratuito*. Pero hemos de entender bien esto. La fe no es una conquista, una posesión, algo exigible a lo que tenemos derecho porque nos lo hemos merecido; la fe nos viene dada, es regalo de Dios. Pero ello no significa que Dios la ofrece arbitrariamente a unos mientras la niega a otros, como si hubiera personas que, aun deseando creer, no pueden hacerlo porque Dios no lo quiere. Todo hombre ha sido creado por Dios y lleva en su mismo ser una llamada a buscarlo y encontrarlo. Sin ese encuentro, no se salva como hombre. Por eso, hemos de decir que Dios, siendo gratuito, es lo más precioso y necesario para el ser humano, pues es su plenitud y salvación.

### **Adhesión confiada a Dios**

A veces olvidamos que la fe no consiste primordialmente en creer algo, sino en creerle a Alguien. Lo primero no es adherirnos a un credo o afirmar un conjunto de doctrinas, sino confiar radicalmente en Dios. Lo decisivo es siempre la adhesión confiada al Dios vivo a quien los cristianos encontramos encarnado en Jesucristo.

---

<sup>9</sup> SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 2.

- **Religados a Dios**

**39.** La misma palabra “religión” nos puede ayudar a entender mejor lo que es la fe religiosa. La religión, antes de ser una explicación del mundo, una teoría sobre Dios o un fenómeno social, consiste en aceptar y vivir nuestra religación a Dios. En su última esencia, creer es aceptar vivir desde esa realidad última que nos da el ser y a la que llamamos “Dios”.

Ésta es la experiencia básica del creyente: yo no soy todo; no soy la medida de todas las cosas; no soy el dueño de mi ser ni su origen. No puedo alcanzar con mis propias fuerzas lo que anhela mi ser. Llevo en mí un misterio mayor que yo mismo. Pero confío. Acepto ser desde esa Realidad que me hace ser. Reconozco mi finitud. No soy el centro. Mi origen y mi destino están en ese Dios que me da el ser. Él es el fundamento sobre el que descansa todo.

Por eso, el verdadero pecado contra la fe consiste bien en desesperar y no confiar, o bien en querer “desligarse” de esa Realidad que fundamenta nuestro ser; pretender “deshacerse” de ese Misterio fundante que es Dios con el fin de hacer del propio yo el centro de todo.

- **Confianza radical**

**40.** La fe es, por tanto, confianza radical. El creyente se ve movido a confiar en ese Misterio que no se deja captar y que llamamos Dios. Siente su propia indigencia y finitud, pero, al mismo tiempo, percibe la dignidad y la consistencia que puede encontrar en Dios. En esa confianza absoluta descubre la forma lograda de ser y de vivir.

Hemos de entender bien qué significa este “creer” en Dios, pues esta palabra puede encerrar diversos significados. Cuando digo “creo que hay vida en otros astros”, quiero decir que no sé con certeza, pero que sospecho o intuyo que será así. Cuando digo a alguien “te creo”, estoy diciendo mucho más: “Me fío de ti, creo en lo que me dices”. Si digo a alguien “yo creo en ti”, estoy diciendo todavía algo más: “Yo pongo mi confianza en ti, me apoyo confiadamente en ti”.

A veces se piensa que “creer en Dios” es más o menos sentir y decir esto: “No sé si Dios existe y no lo puedo comprobar con certeza, pero yo pienso que sí, que algo tiene que existir”. Entonces la fe sería una “forma débil” de conocer, inferior a otros conocimientos, incapaz de competir con la ciencia, pues no puede probar “científicamente” lo que afirma.

Sin embargo, cuando el creyente dice a Dios desde el fondo de su ser: “Yo creo en ti”, está diciendo: “No estoy solo. Tú eres el fundamento de mi ser. Tú estás en mi origen y en mi destino último. Tú me conoces y me amas. No me abandonarás nunca. En ti apoyo mi ser. Nada ni nadie podrá separarme de tu amor y de tu gracia”. Esta fe es de un orden diferente al de la ciencia. El creyente busca el encuentro personal con el Misterio que fundamenta su ser. Y la ciencia es insuficiente para llevar a este encuentro. La ciencia me ayuda a conocer cada vez mejor el funcionamiento de las cosas, pero me deja encerrado en mi propio misterio, aislado de la Realidad última que me hace ser.

Por eso, la fe religiosa aporta al creyente una plenitud de sentido que la ciencia no puede generar. En el fondo último de la realidad está Dios dando sentido a todo. El mundo asume una forma nueva y amistosa a los ojos del que cree. Dios está ahí dando cobijo y privando a la existencia de su aparente sinsentido. El creyente se sabe acogido: “De ti, Señor, viene la salvación” (Sal 3,9).

- ***El encuentro con el Dios vivo***

**41.** La fe en Dios no se queda en los sentimientos o las afirmaciones de cada persona. En cada tradición religiosa –también en el cristianismo– la fe en Dios va cristalizando a lo largo de la historia en fórmulas y proposiciones concretas. Pero siempre hemos de tener claro que la fe no consiste en creer propiamente esas fórmulas acerca de Dios, sino en Dios mismo. Las fórmulas de fe son “camino” que nos permiten orientar nuestro ser hacia Dios. El creyente no se queda encerrado en la afirmación de esas fórmulas, sino que se abre a ese Dios al que ellas apuntan.

El riesgo de muchos puede estar precisamente ahí, en quedar satisfechos con afirmar teóricamente un conjunto doctrinal, entendido como un sector acotado de lo que hay que tener por verdadero, y no abrirse a una relación personal con Dios. Se nos olvida que Dios es mayor que todos nuestros conceptos, esquemas e imágenes y que las fórmulas más excelsas y sublimes son insuficientes para captar su Misterio. Sólo sirven para mostrarnos la orientación que hemos de seguir para superar nuestras falsas ideas acerca de Dios y para abandonarnos confiadamente a él.

### **Con todo el corazón**

La fe es siempre una experiencia personal. No basta con seguir rutinariamente la tradición religiosa en la que se ha nacido. Implica una novedad en la historia de cada individuo. Esta decisión personal no puede ser reemplazada por nada ni por nadie. Podemos conocer una determinada tradición religiosa y escuchar a otros creyentes. Pero, al final, siempre hemos de preguntarnos: “¿En quién creo yo? ¿Creo en Dios, o creo en aquellos que me hablan acerca de él?”.

- ***Adhesión de toda la persona***

**42.** La fe sucede en lo más íntimo de cada persona. En su nivel más profundo. Allí donde se juega su ser o no ser. Donde hay una decisión radical ante el origen y el fundamento de su ser. Por eso, la fe compromete a la persona en su totalidad y es el acto personal más intenso. La fe proyecta todo el ser de la persona hacia el misterio de Dios. No se cree sólo con el sentimiento, con la voluntad, con la razón o la intuición. La fe consiste en la entrega incondicional y confiada de toda la persona a Dios.

Por eso, la Biblia dice que la fe tiene que ver con el “corazón”: “Buscarás al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas de todo corazón” (Dt 4,29). El corazón es el centro de la persona. Ese punto donde todo su ser queda como unificado y anudado. Desde el corazón decide la persona la orientación que quiere imprimir a su vida. Desde el corazón se sitúa ante lo bueno y lo malo, ante lo verdadero y lo

falso, ante la vida y la muerte. Es el corazón del ser humano el que cree en Dios o lo rechaza<sup>10</sup>.

- ***Trayectoria del creyente***

**43.** El que busca a Dios “con todo el corazón”, lo hace con todas sus facultades y su capacidad: la voluntad, la mente, la capacidad de amar, la sensibilidad. No es posible describir aquí el proceso que puede seguir el creyente. Sólo recordamos algunos aspectos.

En el trasfondo del acto de creer se producen experiencias como éstas: la persona presta atención a lo mejor de sí misma; no contenta con explicar el funcionamiento de las cosas, se hace las preguntas más radicales: “¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿qué me espera?”. Consciente de su indignancia y finitud, se siente remitida más allá de sí misma.

El proceso de creer requiere, por otra parte, una atención y un cuidado mayor que el que se necesita para otras decisiones, pues el ser humano se siente conserido como en ninguna otra experiencia. No es una decisión más, sino la decisión que orienta a la persona ante su realidad última.

En la trayectoria de la fe se pueden vivir experiencias muy variadas: alegría o sufrimiento; entusiasmo o serenidad; seguridad absoluta o duda turbadora; sentimiento de plenitud o de indignidad; agradecimiento o invocación; temor o fascinación. En medio de todo está la presencia inconfundible de Dios y su invitación que reclama respuesta y consentimiento.

- ***Diversas formas de creer***

**44.** La estructura y el temperamento de cada persona condicionan mucho su forma de creer. Por eso, cada creyente ha de hacer su propio recorrido.

Hay personas que no necesitan reflexionar mucho, ni detenerse en largos análisis para captar lo esencial de la fe; pronto intuyen que lo importante es confiar en Dios. Otros, sin embargo, necesitan razonarlo todo, analizarlo, comprobar la razonabilidad del acto de creer; sólo entonces se abren al Misterio de Dios.

Hay personas que reaccionan con prontitud ante un mensaje esperanzador; escuchan el Evangelio de Jesucristo y pronto se sienten movidas a una respuesta confiada. Otros, por el contrario, necesitan madurar más lentamente sus decisiones; escuchan el mensaje cristiano, pero han de ahondar en su contenido y sus exigencias antes de asumirlo como principio inspirador de sus vidas.

Hay algunos con gran capacidad de “vida interior”; no les resulta difícil hacer silencio, escuchar a Dios en el fondo de su ser y abrirse a la acción del Espíritu. Pero muchos son de temperamento activo; éstos descubren más fácilmente a Dios como llamada al compromiso práctico, al amor concreto al hermano, al esfuerzo por un mundo más humano.

---

<sup>10</sup> Ver CONCILIO VATICANO II, Constitución *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, n. 5.

## **Certeza y oscuridad de la fe**

Sin que se pierda la certeza como trasfondo, la fe puede verse sacudida por la oscuridad y la duda. Son las horas de crisis en que ese Dios, tan cercano y presente, se ausenta y queda oculto. La duda penetra en el corazón del creyente: “¿Serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?” (Jr 15,18).

- ***La experiencia de la duda***

**45.** La fe no es producto de la razón humana, pero tampoco es un salto en el vacío. Es una actitud plausible que no se opone a la razón, sino que responde de forma razonable y coherente a cuestiones, interrogantes y anhelos reales que lleva dentro de sí el ser humano. Por eso, la fe viene acompañada, de forma habitual, por una experiencia de seguridad y certeza.

Esta certeza del creyente adquiere su consistencia sólo en el interior de la fe. No es una “reconstrucción racional” hecha desde fuera, que pueda ser presentada como prueba de la fe a otro interlocutor que no conoce esa experiencia cristiana. La certeza del creyente proviene de un conjunto de experiencias reflexionadas e interpretadas desde la fe. El creyente puede comprobar en sí mismo sus efectos: se siente acogido en medio de la soledad; experimenta el perdón que lo libera del peso de la culpa; se ve fortalecido en su debilidad y estimulado para vivir desde el amor y el servicio; puede situarlo todo en su verdadera perspectiva; es capaz de afrontar con esperanza el sufrimiento y la muerte.

Pero la fe no está hecha sólo de certezas. La adhesión del creyente es firme y real; su experiencia religiosa es fuente de luz y claridad. Pero también él padece la oscuridad de la fe, pues Dios, Misterio trascendente, siempre desborda y supera nuestra capacidad finita. Por ello, puede siempre surgir la duda como experiencia dolorosa en el seno mismo de la adhesión de fe: “¿Y si no fuera verdad?”. Esta duda es como “el reverso de la fe”, su otra cara, ya que la fe nunca es evidente.

La fe implica, pues, certeza y oscuridad. El creyente mantiene en su corazón la confianza, la convicción segura, el amor. Sigue invocando y agradeciendo. Permanece fiel. Pero su fidelidad consiste precisamente en superar constantemente la oscuridad y la duda: “Mi alma te ansía de noche” (Is 26,9).

- ***Lejanía de un Dios cercano***

**46.** Además, la cercanía de Dios es experimentada bajo forma de lejanía. Por una parte, la fe exige entrega total, pero esta entrega nunca se realiza de forma perfecta durante esta vida fragmentada y dispersa. El ser humano se experimenta a sí mismo tejido de tensiones y contradicciones; nuestro anhelo es mayor que nuestro ser. Pero, sobre todo, Dios es mayor que todos nuestros anhelos. Al ser humano, finito y limitado, se le escapa el Misterio insondable e infinito de Dios. El Misterio se hace presentir pero no se deja poseer.

Por eso, el creyente vive la experiencia de un Dios cercano e íntimo, pero que constantemente se sustrae. Dios se nos entrega, pero sigue siendo un “Dios escondido” (Is 45,15). No podemos disponer de él. Por eso, el creyente vive su fe desde la invocación: “¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?” (Sal 13,2).

- ***Siempre es posible creer***

**47.** Por muy grandes que sean las dificultades y la oscuridad, el creyente termina por decir: “Yo creo”. Pero no siempre ocurre así. Hay personas que, en un momento determinado, sienten la lucha interior y honradamente se preguntan: “¿Yo creo de verdad?”. Es cierto que la fe da un sentido último a todo, pero la vida sigue apareciendo muchas veces absurda y sin sentido. La persona acude a Dios, pero Dios permanece callado. No está cuando más lo necesitamos. ¿No será todo un sueño? Es el momento de la crisis y de la tentación. O se deja todo o la persona se abandona confiadamente al silencio de Dios. ¿Qué hacer?

No hemos de olvidar que la fe es un proceso. Un camino hacia Dios, que tiene su propia historia a lo largo de la vida de la persona. Puede suceder que, en un momento determinado, el creyente no pueda honradamente asumir todo lo que la fe significa. Son muchas las preguntas sin respuesta; demasiada la oscuridad y el silencio. El creyente no ha de inquietarse entonces por su perplejidad; desde su inseguridad, habrá de seguir abierto al Misterio de Dios con las últimas fuerzas de su espíritu.

Esta crisis es siempre dolorosa pero pertenece a la vida misma de la fe y puede contribuir a su purificación y crecimiento. La crisis nos revela que no somos capaces de “poseer” la verdad última de Dios. Aquí no sirven las certezas que manejamos en otros órdenes de la vida. Ante el misterio último de la existencia hay que caminar con humildad y sinceridad: “¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento de la angustia?” (Sal 10,1).

La crisis, por otra parte, pone a prueba nuestra libertad. Ante Dios nadie me puede sustituir. Soy yo quien tengo que decidir libremente y pronunciar un “sí” o un “no”. Soy yo quien he de orientar mi vida hacia Dios y su verdad. Hay algo que os queremos recordar a quienes vivís en vuestra propia carne esta crisis de fe: quien, a pesar de la oscuridad y la duda, quiere creer, ante Dios es ya creyente. Dios conoce el corazón humano: el deseo de creer es una forma humilde pero auténtica de vivir en verdad ante Dios. La soberbia, por el contrario, impide al ser humano abrirse confiadamente a Dios.

## **Fe y conversión**

No hay fe sin conversión radical. No se nace cristiano. Uno se va haciendo cristiano. La fe consiste precisamente en “estrenar un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ez 18,31).

- ***La conversión fundamental***

**48.** “Conversión” quiere decir, antes que nada, “giro del corazón”. Pasar de la autoafirmación al abandono confiado a Dios. Dejar de ser el centro de uno mismo para vivir desde Dios. Entender y vivir la existencia, no en referencia a uno mismo ni al mundo, sino en referencia al Misterio de Dios. Por eso, hay una manera radicalmente falsa de vivir la religión y consiste en que la persona siga siendo el centro de sí misma y sólo acuda a Dios para sus propios intereses.

Esta conversión exigida por la fe es una especie de “nuevo nacimiento” (Jn 3,35). Una actitud nueva ante el mundo, diferente de la de aquél que no cree. Una manera nueva de mirar, de pensar y de juzgar la realidad: Dios no es la explicación concreta de los fenómenos que se dan en el mundo, pero sí el que les da su sentido último más auténtico y trascendente. Un modo nuevo de ser y de vivir: Dios es el horizonte y la medida de la criatura; desde él quedamos confrontados a la verdad y al bien; desde él somos invitados al amor.

En esta conversión no hemos de ver sólo “exigencia ética”. Convertirse a Dios es, antes que nada, curarse de la falsa autosuficiencia y de la inautenticidad. Ponerse ante Dios ayuda al ser humano a conocerse a sí mismo, a descubrir su pequeñez pero también su grandeza, a enraizar su vida en la verdad y a esperar con confianza su último destino.

- ***Exigencias de la fe***

**49.** Esta conversión a Dios tiene lugar dentro de la vida de cada persona y, por tanto, cuando se da, modifica esa vida dándole más autenticidad. Cuando la persona se abre a Dios se hace más humana. Sin esta conversión ética la fe puede ser pura ilusión. No se puede vivir ante Dios sin sentirse responsable ante el hermano. El criterio decisivo de la fe cristiana en un Dios Creador y Padre es el amor al hermano y la apertura a su necesidad: “Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,8).

Por otra parte, la fe cambia el talante ético de la persona. Lo que el creyente busca no es atenerse a unos principios éticos, sino responder a la invitación de Dios. Su conversión no consiste en un remordimiento cerrado y estéril, sino en retornar al Padre y acoger su perdón regenerador. Su compromiso no es esfuerzo solitario, sino obediencia a Dios, acompañada y sostenida por su gracia.

La fe en Dios, por otra parte, para que no se atrofie, exige formas religiosas concretas para reconocer su presencia, invocar su nombre, alabar su grandeza y adorar su misterio. No es el momento de describir “la práctica religiosa”. Sólo diremos que ésta siempre exige una cierta “ruptura de nivel” o distanciamiento de otras actividades en las que el ser humano busca utilidad, posesión, provecho o rendimiento. En la religión se busca encuentro con Dios. Por eso, el “corazón de la religión” es la oración. Y, junto a ella, la celebración.

Por último, no hemos de olvidar que la fe implica siempre un contenido. No es posible creer en Dios sin creer en lo que Dios nos revela. Por eso, el creyente va configurando su adhesión a Dios, su concepción del hombre y de la historia, y su visión del mundo a la luz de la revelación de Dios en Jesucristo.

## V.- ¿CÓMO REAVIVAR LA FE EN DIOS?

**50.** También hoy Dios habita el corazón del ser humano. De forma callada pero real, él está en cada uno de nosotros. Sin embargo, son tantos los prejuicios y obstáculos de orden cultural, religioso y personal, que a muchos se les hace difícil creer en él. ¿Es posible reavivar la fe y recomponer la experiencia cristiana de Dios en circunstancias al parecer tan desfavorables?

El clima social y el estilo generalizado de vida condicionan tanto que, aunque bastantes sienten vacío, sinsentido y un malestar grande de fondo, esa experiencia no se convierte en llamada para iniciar la búsqueda de Dios. En algunos, incluso, Dios sigue suscitando tanto resentimiento y malos recuerdos que, cuando se plantean “algo nuevo” en su vida, su insatisfacción los lleva más a huir de Dios que a buscarlo; mejor olvidar ya la religión y buscar más bienestar en otra parte.

Ésta es la pregunta que nos hacemos: ¿cuáles son los caminos que nos pueden llevar hoy hacia Dios? La actual crisis religiosa que parece ocultar a Dios, ¿no puede convertirse en llamada para buscar su rostro? ¿Dónde y cómo encontrar hoy signos e indicios de su presencia entre nosotros? ¿Cómo creer en él?

### **El presentimiento de Dios**

**51.** El primer camino para encontrar a Dios somos nosotros mismos y nuestra experiencia de la vida. El hombre no es sólo un problema a descifrar científicamente. Es un *misterio* al que buscamos una respuesta. Siempre en busca de seguridad, y siempre desamparado. Nacido para vivir, y abocado a la muerte. Capaz de las mayores grandezas, y también de las mayores miserias y mediocridad. Buscando la verdad, y errando constantemente. Anhelando libertad, y con miedo para disponer de ella. Capaz de dominar el mundo, y sin acertar a ser dueño de sí mismo. Hecho para amar, y empequeñecido por el egoísmo. ¿No estamos los hombres, aun sin saberlo, buscando a Dios y anhelando su salvación? ¿No es él el único que puede responder a nuestros interrogantes y anhelos más profundos? ¿El único capaz de iluminar nuestra verdad última?

El hombre es también *tarea*. Un ser en busca de liberación, que no logra orientar su historia hacia aquello que lo puede hacer más humano. Al hombre contemporáneo le resulta cautivador atribuirse a sí mismo el protagonismo total y exclusivo de construir la historia y alcanzar su salvación. Pero ¿no es esto atribuirle un poder excesivo, que desborda sus posibilidades y puede llevarlo a una mayor alienación? ¿Puede el ser humano alcanzar con solas sus fuerzas la libertad que busca? ¿No ha de abrirse más bien a una Libertad más plena que puede acoger como don?

El hombre está clamando por un *destino absoluto*. Desde el fondo de su ser anhela una plenitud total que siempre queda malograda en su existencia concreta. ¿No está pidiendo toda la historia humana desembocar en una Plenitud infinita? ¿Hemos de aceptar como lo más humano y normal una existencia que no sea sino fluir desde la nada hacia la nada? ¿No será más bien nuestra existencia un fluir desde Dios hacia Dios?

Lo decíamos ya en otra ocasión. “Suprimiendo a Dios ¿no queda el hombre reducido a una pregunta sin respuesta, un proyecto imposible, un esbozo inacabado que se desvanece en la nada? Al final de todos los caminos, en el fondo de todos nuestros anhelos, en el interior de nuestros interrogantes más hondos, ¿no está Dios como único posible Salvador del hombre?”<sup>11</sup>.

**52.** También nuestra experiencia de la realidad que nos rodea es camino hacia Dios.

En la actualidad, los seres humanos vivimos dentro de un mundo hecho en gran parte por nosotros mismos. Por eso mismo nos cuesta trabajo sentir nuestro arraigo en Dios. Pero si nos asomamos a la gran naturaleza, a la vida universal, al origen de la creación, del orden, de la belleza, del deseo infinito de la vida y felicidad que nos anima, percibimos que en el origen de todo hay un misterio de Ser, de Vida, de Belleza y de Amor que es el origen de todo, que sostiene todo lo que existe y cuya comunicación es la única fuente de vida que tenemos delante de nosotros.

Este descubrimiento inicial de Dios está al alcance de todos y, de una manera confusa, lo llevamos todos en el origen de nuestra vida intelectual y moral.

### **Jesucristo, camino que lleva al Padre**

Para los cristianos, el camino decisivo que lleva a Dios es Jesucristo. En él se nos revela ese Dios presentido en la conciencia del ser humano. Estamos convencidos de que para muchos que viven hoy su fe de forma débil y vacilante, o han abandonado la práctica religiosa, conocer mejor a Jesús, escuchar sin prejuicios su mensaje, dejarse ganar por su espíritu, sintonizar con su estilo de vida, puede ser el camino más seguro para encontrarse con Dios. “Nadie se acerca al Padre, sino por Él” (Jn 14,6).

- ***Jesucristo, “camino, verdad y vida”***

**53.** En Jesucristo encontramos ante todo un acontecimiento capaz de interpelar de raíz nuestra existencia: el Hijo amado de Dios compartiendo nuestra condición humana hasta la muerte. “En esto se ha manifestado el amor que Dios nos tiene: en que Dios ha enviado al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4,9).

Por eso, en Jesucristo encontramos nosotros el camino para acercarnos al Misterio de Dios. “A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,18). La persona de Jesús, sus gestos, su actuación, su mensaje, su vivir, su morir y resucitar, nos sitúan ante la presencia misteriosa del Dios vivo, encarnado y manifestado en él. “Quien ve a Jesús ve al Padre” (Jn 14,9).

Jesús nos enseña cómo se puede vivir en toda su hondura esta existencia frágil y caduca desde Dios y para Dios, como hijos de un Padre que sólo busca nuestra

---

<sup>11</sup> Carta Pastoral *En busca del verdadero rostro del hombre* (Cuaresma-Pascua, 1987), o.c., p. 624.

dicha y nuestra salvación. En él se nos ofrece la *verdad* de Dios, se nos comunica su *vida* y se nos revela el *camino* que lleva hasta él. Para acoger plenamente a Dios es necesario seguir a Jesús, vivir su experiencia, practicar su vida, dejarnos animar por su Espíritu. Sólo quien vive como Jesús acoge al Dios de la vida. Sólo quien ama como él, se abre al Dios del amor. Sólo quien vive la fraternidad y se acerca a los abandonados, obedece al “Padre de los pobres”.

Quienes hoy se distancian de la Iglesia porque se encuentran incómodos dentro de ella o porque discrepan de sus actuaciones o directrices concretas, quienes han abandonado la práctica religiosa porque ha perdido para ellos todo interés vital, no deberían, por ello, abandonar a Jesucristo. Cuando se pierden otros puntos de referencia, puede ser decisivo no perder contacto con él. “Dichoso el que no se sienta defraudado por él” (Mt 11,6).

- ***El rostro verdadero de Dios***

**54.** La imagen de Dios llega hasta cada uno de nosotros configurada por una determinada tradición, educación y ambiente religioso, a veces con destellos luminosos, otras con ambigüedades peligrosas. ¿Cómo liberar esa imagen de Dios de falsas adherencias? ¿Cómo dar un contenido más verdadero a ese nombre de “Dios” que hemos escuchado desde niños? ¿Cómo llenarlo de vida, cuando lo hemos vaciado con nuestra fe superficial y nuestra mediocridad?

Lo primero es dejarle a Dios ser Dios. No empequeñecerlo con nuestras ideas y cálculos. Dejar que sea más grande y más humano que lo más grande y humano que hay en nosotros. No representárnoslo a partir de nuestra mediocridad y resentimientos. Buscar su verdadero rostro *siguiendo a Jesús*. Muchos hombres y mujeres, cuya visión religiosa está impregnada de sospecha y desconfianza y para quienes Dios es un ser amenazador y oscuro, y la religión un mundo complicado y triste, descubrirían en Jesucristo y en su Evangelio la Buena Noticia de un Dios Padre, Amigo y Salvador del hombre.

Hace unos años os escribíamos una Carta Pastoral titulada: *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*. En ella os hablábamos del Dios que se nos revela en Jesucristo: un Dios que sólo busca la salvación del ser humano; un Dios amigo de la vida; cercano a las necesidades más hondas del hombre; respetuoso de la libertad humana; un Dios Padre de todos los hombres y de todos los pueblos; un Dios de los pobres y abandonados; un Dios que quiere introducir en la historia su reinado de justicia, fraternidad y paz; un Dios crucificado por nuestra salvación; un Dios resucitador; un Dios misterio insondable de amor trinitario, en quien podemos poner nuestra última esperanza<sup>12</sup>.

- ***Llamados a creer***

**55.** Jesucristo es una llamada a la conversión. Todo su mensaje puede resumirse en estas palabras: “El tiempo se ha cumplido. El Reino de Dios está cerca. Convertios y creed la Buena Noticia” (Mc 1,15). Algo nuevo se ha puesto en marcha. Dios está cerca. Su reinado de justicia, de libertad, de amor y fraternidad comienza a

---

<sup>12</sup> Carta Pastoral *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (Cuaresma-Pascua, 1986), o.c., pp. 557-574.

abrirse camino entre los hombres. Lo que se nos pide es *crear esta Buena Noticia*. Reaccionar. Acoger a Dios. Creer desde el fondo de nuestro ser que todos somos hijos de un Padre y que nuestra felicidad y último destino es vivir como hermanos.

Es mucho más que arrepentirnos de algún pecado concreto y corregirlo. Se nos invita a pasar de la increencia a la fe, de la indiferencia a la decisión, de la soledad a la amistad con Dios, del individualismo egoísta al amor fraterno, de la desesperanza a la confianza en Dios nuestro Salvador.

Esta conversión no es algo forzado. Es la transformación que se va dando en nosotros en la medida en que aceptamos a Dios como alguien que quiere hacer nuestra vida más humana y feliz. En esta conversión, lo primero no es intentar, ante todo, “ser mejor”, sino abrirse a ese Dios que nos quiere a todos mejores y más humanos. Por eso, la conversión a Dios no es algo triste que coarta y estrecha nuestra vida. No es “dejar de vivir”, sino comenzar a intuir todo lo que significa vivir más humanamente. Descubrir cómo y hacia dónde vivir; tenemos un Padre en quien confiar. Ciertamente podemos desechar esta llamada. Pero habremos equivocado el sentido último de nuestro ser.

## **Actitud de búsqueda**

**56.** Dios siempre nos está buscando. Busca al que está lejos y al que está junto a él. Pero sólo se deja encontrar por quien, sostenido por su gracia, lo busca de todo corazón. Sólo “habita” allí donde se le deja entrar. De ahí la promesa de Jesús: “Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque... el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mt 7,7-8).

Para muchos Dios está hoy como tapado. Encubierto por toda clase de prejuicios, dudas e incertidumbres. Para encontrarse con él no bastan los discursos prefabricados de siempre; a muchos apenas les dice ya algo el lenguaje eclesial. Por otra parte, la propia vida, mediocre y superficial, puede ser el mayor obstáculo. Lo primero es adoptar una postura de búsqueda. Dios dirige y sostiene esa búsqueda. Él es “lámpara para tus pasos y luz en tu sendero” (Sal 119,105). Más aún. Aunque desoigas todas sus llamadas y tu fe se siga apagando, Dios no te abandonará.

### **• *Búsqueda personal***

**57.** Para caminar hacia Dios es necesaria la experiencia personal. De lo contrario, la persona siempre habla “de oídas”, oye sin comprender, y termina dudando de todo. No sirven las discusiones teóricas ni los argumentos de otros. Cada uno ha de hacer su propio recorrido y vivir su propia experiencia.

No basta criticar lo que uno descubre de falso e incoherente en la forma concreta de vivir la religión. No es suficiente destruir imágenes falsas e infantiles de Dios. Es necesario buscar personalmente su verdadero rostro, abrirnos confiadamente a su presencia. Sólo entonces comienza a intuirse el camino: nos veíamos en un laberinto oscuro y complicado, y el Misterio de Dios es puro y simple; lo imaginábamos habitando un mundo extraño y lejano, y es un Dios cercano; queríamos comprobar su existencia con argumentos, y no sabíamos saborear su amistad.

Cuando durante años se ha vivido la fe como un deber o como un estorbo para disfrutar, sólo esta experiencia personal nos puede desbloquear: poder comprobar, aunque sólo sea de forma germinal y humilde, que la fe hace bien, que es bueno creer, que Dios puede realmente ser para mí el mejor estímulo y la fuerza más vigorosa para vivir de manera acertada y esperanzada. El ser humano termina siempre creyendo en aquello que le hace vivir en plenitud.

- ***Deseo de Dios***

**58.** Quien busca sinceramente a Dios se ve envuelto, más de una vez, por la oscuridad, la duda o la inseguridad. Pero si sigue buscando es porque hay en él un deseo de Dios y un deseo de creer que no quedan destruidos por la duda, el cansancio o el propio pecado. Por eso, el gran obstáculo para la búsqueda de Dios es la indiferencia, el cerrar los oídos a toda llamada que nos invita a buscar la verdad última de nuestra vida, el temor a la búsqueda sincera y noble.

Hay búsqueda de Dios donde hay deseo. Ese deseo de Dios puede transformar cada duda, cada oscuridad o cada interrogante en punto de partida para una búsqueda más profunda, en estímulo para abrirse con más fe al Misterio. Lo más auténtico que puede hacer el ser humano ante Dios es buscar. No cerrar ninguna puerta, no desechar ninguna llamada. Seguir buscando, tal vez con el último resto de sus fuerzas y de su fe; tal vez desde la mediocridad o el desaliento. Con frecuencia lo único que el hombre puede ofrecer a Dios es su deseo.

Nuestra fe crece no cuando hablamos de Dios o discutimos “sobre religión”, sino cuando crece nuestro deseo de abrirnos a él. Este deseo de Dios se hace siempre oración: “Señor, que vea” (Mc 10,51). Dios no se esconde de quien lo busca así. Dios está en el interior mismo de esa búsqueda.

- ***Desde la debilidad y la duda***

**59.** Si somos sinceros, todos hemos de confesar que casi siempre hay una distancia grande entre el creyente que profesamos ser y el creyente que somos en realidad. Nuestra fe está muchas veces contagiada de rutina e indiferencia o debilitada por la duda y la vacilación. No hemos de desesperar. Podemos seguir buscando a Dios aunque sea *a tientas* (Hch 17,27).

Dios es más grande que nuestra debilidad o nuestra duda. No hay que esperar a que nuestras dudas queden resueltas, o a que nuestra debilidad quede fortalecida, para vivir en verdad ante Dios. Hemos de aceptar humildemente “la compañía” de la oscuridad, y la debilidad de nuestro corazón. Aunque el deseo de creer no pueda traducirse inmediatamente en realidad, Dios conoce el “corazón sincero” y sigue actuando. Recordemos las palabras de Jesús: “Todo el que es de la verdad escucha mi voz” (Jn 18,37).

## **Atención a lo interior**

Para encontrarse con Dios es necesario descender al fondo de uno mismo y saber exponerse al misterio que se encierra dentro de nosotros. Quien no encuentra a Dios en su interior, no lo encontrará en lugar alguno. Si, por el contrario, percibe ahí su presencia, lo podrá sentir en medio de la vida. Configurados por una cultura que nos arrastra siempre hacia lo exterior, hemos de desarrollar más nuestra “capacidad de interioridad”, es decir, la capacidad de interpretar y vivir la propia vida desde dentro.

- ***El encuentro con uno mismo***

**60.** Vivir “desde dentro” no significa vivir replegado sobre uno mismo y cerrado a la vida, sino hallar el “espacio” donde la persona puede encontrarse con Dios y desde donde puede comenzar a vivir su existencia entera con un sentido, una fundamentación y un horizonte último. Para ello es necesario aprender a detenerse, hacer silencio y crear ese clima de recogimiento personal indispensable para reconstruir nuestro interior.

Lo primero es encontrarnos con nosotros mismos. Quien no se encuentra consigo mismo y con su propio misterio difícilmente se encontrará con Dios. Este encuentro con uno mismo sólo es posible cuando la persona se atreve a poner en orden su confusión interior, haciéndose las preguntas fundamentales de todo ser humano: “¿Qué busco yo en la vida? ¿Por qué me afano? ¿Qué me espera? ¿Dónde pongo yo mi felicidad última?”.

Estas preguntas se nos pueden hacer insoportables. Es fácil experimentar sensación de vacío, mediocridad, fracaso o desesperanza. Pueden, además, aparecer ante nosotros actuaciones que están arruinando nuestra vida. No es esto lo que hubiéramos querido. En el fondo, deseamos algo mejor, más consistente, más gozoso. ¿Qué hacer? Nos da miedo ir hasta el final y tomar más en serio nuestra existencia.

No hemos de olvidar que también ahora Dios está junto a nosotros en ese silencio. Por eso, incluso cuando, al bajar a su interioridad, la persona sólo encuentra soledad profunda y vacío, “algo sucede” en ella. Experimentar la propia fragilidad, la incapacidad de conocer y dominar nuestro destino, o el misterio que por todas partes penetra nuestra existencia, puede abrirnos más a la trascendencia, aunque de momento no sepamos darle un nombre concreto.

- ***Acoger el misterio personal de Dios***

**61.** El hombre contemporáneo está olvidando el misterio. Occidente ha desarrollado de manera extraordinaria la razón técnica, pero está perdiendo sabiduría para captar el misterio. Sin embargo, el misterio nos acompaña. En la vida no sólo hay “enigmas” y “problemas”. La vida nos remite a un misterio último. El hombre puede conocer y dominar científicamente la realidad. Pero no puede conocer y dominar ni su origen ni su destino último. No se reduce todo a razón. Lo más razonable sería movernos humildemente en el horizonte de ese misterio último.

Ante el misterio último de la realidad son posibles diversas posturas. El misterio puede llevar al *ateísmo*. Dios no es evidente. Al no poder comprobar su existencia como se comprueban otros fenómenos de nuestro mundo, la persona puede concluir que no hay Dios. Estamos solos. La realidad termina donde termina nuestra capacidad de entender y verificar. No hay más.

El misterio puede llevar, por el contrario, a una postura religiosa de *abandono*, pero sin apertura a un Dios personal. Es la experiencia de las religiones orientales. El individuo se sumerge en el misterio buscando la profundidad de su ser, pero no invoca a un Dios personal. Sencillamente se abandona al misterio. No es Dios el que salva. Es el individuo el que se redime a sí mismo abandonándose a lo insondable del ser.

Pero el misterio puede también despertar en el corazón humano la *invocación a un Dios personal*. Es la postura cristiana. Diferentes religiones dicen: “El misterio del mundo se llama Dios”. Jesús concreta: “El misterio de Dios es Amor”. Lo profundo de la realidad no es “algo”, es amor de un Dios Padre. Por eso, el cristiano no sólo se abandona al misterio. Se confía a un Padre. Se sabe acogido y amado por un Dios para quien no sabemos encontrar un nombre mejor: *Padre*. En el misterio último de la realidad el cristiano vislumbra el amor de un Padre y a él invoca: “En ti, mi Dios, confío, no quede yo defraudado” (Sal 24,2).

## **Caminar en la verdad**

En el fondo, todos intuimos que lo más acertado ante el misterio de Dios es vivir en la verdad. Por eso, también hoy lo decisivo en medio de la crisis religiosa es “ser de la verdad” (Jn 18,37) y “hacer la verdad” (Jn 3,21).

### **• Sinceros con Dios**

**62.** La verdad de Dios no está en una fórmula o en un dogma. No se encuentra en los libros ni en los credos. En realidad, no se trata de esforzarnos por “poseer” la verdad de Dios, sino de dejar que su verdad se adueñe de nosotros y nos vaya transformando. Esto sólo es posible cuando nos acercamos a Dios con corazón limpio.

Para ello, hemos de cultivar una sana sospecha ante nuestros autoengaños y justificaciones. No es bueno vivir de falsas consignas: “Todo da igual; lo importante es sentirse bien; no se puede saber nada”. Hemos de reconocer nuestras incoherencias y contradicciones, y, sobre todo, hemos de ponernos ante Dios. Él y yo a solas, allí donde ningún otro puede penetrar. Dejando a un lado toda máscara. ¿Cómo íbamos a ir disfrazados a su encuentro? Así dice san Agustín: “Puedes mentir a Dios, pero no puedes engañarle. Por tanto, cuando tratas de mentirle, te engañas a ti mismo”.

En el núcleo de toda fe auténtica hay siempre “verdad humilde”. No se puede experimentar la cercanía de Dios si no es con humildad. Una bella oración litúrgica de la Iglesia expresa bien este sentimiento: “Señor, ten misericordia de nosotros, que no podemos vivir sin ti, ni vivir contigo”. Ésta es la verdad. No podemos vivir sin Dios y no acertamos a vivir con él.

- ***Reconocer el pecado***

**63.** No es fácil salir de la mentira cuando se llevan años viviendo una relación superficial con uno mismo y con Dios. Pero Dios nos sigue buscando, tal vez bajo forma de “insatisfacción”. Algo nos impide descansar satisfechos. Más aún. Siempre hay momentos de gracia en que una luz interior nos ilumina con claridad ineludible y nos revela que en nuestra vida falta bondad, belleza, amor. Esta conciencia de pecado es saludable. Nos dignifica. Por otra parte, no todo es ruín en nosotros. Siempre hay rendijas abiertas a lo bueno, a lo bello, a lo humano. Por esas rendijas se nos acerca Dios.

Lo que detiene a más de uno ante él es la conciencia de pecado. ¿Cómo acercarse a Dios conociendo la propia mediocridad y miseria? A veces imaginamos a Dios tan pequeño como somos nosotros. Alguien que sólo ama a quienes lo aman, que permanece indiferente ante quienes viven en la indiferencia, que abandona a quienes lo abandonan. Es un error. Dios sigue siendo amor insondable e infinito. Sólo amor. En el interior mismo de nuestro pecado, Dios nos sigue buscando, llamando, amando. Así se revela en Jesús: “Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mc 2,17).

Esto no significa que el pecado sea algo banal y sin consecuencias en nuestra vida. Dios no se aleja. Su amor perdonador está siempre ahí. Pero nuestro pecado nos encierra en nosotros y nos impide abrirnos a su gracia. El encuentro con Dios se da en el arrepentimiento sincero y humilde: “Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador” (Lc 18,13).

- ***La experiencia del perdón***

**64.** La fe sólo crece en la experiencia del perdón. Para no pocas personas que se han ido alejando de Dios, es ésta la experiencia que puede restituirlos de nuevo a su ser de creyentes. Por una parte, la decisión sincera: “Volveré a mi Padre” (Lc 15,18). Por otra, la escucha gozosa del perdón: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Mc 2,5). Esta experiencia puede encontrar su expresión más honda en el sacramento de la reconciliación, recuperado en su forma más auténtica.

El creyente, como todo ser humano, vive de la gracia, no de sus méritos. Su fe se alimenta y se renueva en el perdón de Dios. Por eso, no es la autosuficiencia lo que lo caracteriza sino la invocación: “Ten misericordia de mí, oh Dios, según tu bondad. Lávame a fondo de mi culpa, limpia mi pecado. Crea en mí un corazón limpio. Renuévame por dentro. Devuélveme la alegría de tu salvación” (Sal 50).

## **Del miedo a la confianza**

La fe, como hemos venido insistiendo, descansa en un “sí” confiado a Dios. Creer es confiar radicalmente en la vida y en Aquél que la fundamenta y la sostiene. ¿Cómo recuperar esta confianza cuando se va debilitando o apagando en nosotros?

- **Confiar en Dios**

**65.** Ante la vida hay una primera postura posible. Se llama *resignación* y consiste en contentarnos con lo que vivimos aceptando la finitud. Naturalmente, para ello tenemos que acallar cualquier rumor de trascendencia y desoír toda llamada que provenga del Misterio. Hay otra actitud posible. Es la *desesperación*. Querer “salvar” mi vida con mis propias fuerzas, y comprobar, una y otra vez, que no puedo darme todo lo que anhela mi ser. Hay otra actitud. La *confianza absoluta*. No desear. Abrirnos a lo más hondo del Misterio. Acoger a Dios como Salvador.

Esta actitud no es algo espontáneo. Confiarse a Dios es una decisión radical e incondicional que no brota en nosotros de cualquier manera, a partir de pruebas y argumentos. Cuando la persona se confía a Dios está superando todo lo que esas razones y pruebas le pueden aportar. Cuando la cosa es sencilla es fácil la seguridad: dos y dos siempre son cuatro. Cuanto más profundo es el misterio tanto más nos hemos de abrir a él, prepararnos interiormente, desasirnos de nosotros mismos, acoger con todo el corazón, escuchar toda llamada por humilde que parezca.

Esta escucha es indispensable. Aunque, con frecuencia, hablamos de “encuentro” con Dios, esta imagen supera en mucho la experiencia habitual de la fe; hay, incluso, creyentes que se desalientan al no poder identificar con esa palabra lo que ellos viven. La Biblia habla, más bien, de *escuchar* a Dios. La escucha sugiere mejor la invitación, la búsqueda atenta, la apertura confiada del corazón. La confianza en Dios se despierta cuando sabemos “escuchar”.

- **Del miedo al amor**

**66.** Pero lo que impide a no pocos esa confianza en Dios es el miedo. Lo hemos dicho ya. Dios se les presenta, sobre todo, como un ser amenazador, temible y peligroso. Este miedo no es el temor al Dios santo, del que habla la Biblia. Es un miedo infundado que desfigura el amor de Dios y genera una religión en la que lo importante es mantenerse puros ante él, no transgredir sus mandatos, expiar las culpas y protegerse así de su posible reacción. Lamentablemente, ésta es, en parte, la religión que han conocido no pocos.

Bien diferente es la experiencia de quienes descubren en Jesucristo el rostro verdadero de un Dios Padre, misterio de amor fascinante, el único que quiere y busca el bien y la felicidad total del ser humano. La fe en este amor gratuito de Dios suscita una religión donde lo primero es alabar a Dios, dar gracias, cantar su bondad. Dios no es una amenaza. Es un alivio y un consuelo saber que está ahí, siempre de nuestra parte, siempre buscando nuestro bien, siempre poniendo en nosotros fuerza y alegría para vivir.

La primera conversión que necesitan hoy muchos creyentes es este paso de un falso miedo a Dios a la confianza en su amor gratuito. Hemos de escuchar con más fe ese mandato de Jesús, cargado de misterio y de promesa: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor” (Jn 15,9). Sólo descubriendo a este Dios amigo se despertará la fe de muchos. Así dice san Agustín: “Vivir cerca o lejos de Dios no es una cuestión de espacio, sino de afecto. ¿Amas a Dios? Estás cerca de él. ¿Lo has olvidado? Estás lejos de él”.

Esta fe no conduce al laxismo o a la permisividad. Al contrario, sólo quien se sabe amado así por Dios, es capaz de asumir la exigencia radical de la fe. Sólo quien saborea la amistad de Dios se convierte de corazón. Sólo quien *encuentra* el tesoro escondido *vende todo lo que tiene* para adquirirlo (Mt 13,44).

- ***Vivir dando gracias***

**67.** La gratitud es un sentimiento profundamente arraigado en el ser humano, la actitud más noble ante el regalo de la vida y uno de los rasgos más característicos de toda fe auténtica en Dios. La fe crece en nosotros cuando crece nuestra capacidad de agradecer a Dios. De los diez leprosos curados por Jesús sólo el que vuelve *glorificando a Dios*, escucha estas palabras: “Levántate y vete. Tu fe te ha salvado” (Lc 17,19). Quien no es capaz de alabar y agradecer a Dios vive todavía una fe apagada.

Para agradecer, lo primero es captar lo bueno, lo positivo y hermoso que hay en la vida, en la mía y en la de los demás, a pesar de los sufrimientos, injusticias y contradicciones del ser humano. Es necesario, además, percibirlo como don proveniente de Dios, fuente y origen de todo bien. El agradecimiento pide reaccionar expresando nuestra alegría y alabanza a Dios por su grandeza y su amor. A todos, creyentes o indiferentes, de fe firme o vacilante, os decimos con palabras de San Pablo: “En todo, dad gracias a Dios, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros” (1 Ts 5,18).

### **¿Dónde encontrar a Dios?**

Ésta es la pregunta de no pocos. En realidad hay muchos caminos para abrirse a Dios. Tantos como personas. Cada vida puede ser un camino hacia ese Dios amigo que está en el fondo de todo ser humano. Hace unos años os sugeríamos algunas pistas para buscarlo en el corazón humano, en la naturaleza, en los acontecimientos de la vida, en el sufrimiento o en el gozo. Ahora queremos ahondar más en algunas experiencias<sup>13</sup>.

- ***En la fuente de la vida***

**68.** A Dios hay que buscarlo siempre en la fuente de la vida. Ésa es la dirección acertada. A través de los diferentes acontecimientos, experiencias o encuentros con personas, hemos de andar hacia la fuente. Dios está ahí. Cuando el ser humano trabaja y lucha, cuando ama, goza o sufre, cuando vive y cuando muere, no lo hace solo, sino acompañado y sostenido por la presencia de Dios. Nosotros podemos estar atentos o no prestarle atención alguna, podemos acogerlo o rechazarlo, pero el Espíritu de Dios está ahí, siempre como *dador de vida*.

Lo importante es no pasar superficialmente junto a lo esencial. Escuchar. Estar atentos a todo lo que es origen, crecimiento y despliegue de vida más humana y liberada. Dios está ahí: en ese deseo de vivir de forma más honesta y generosa; en el esfuerzo por una convivencia más justa y pacífica; en la comunicación más respetuosa y cercana a los demás; en la búsqueda de mayor transparencia interior;

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, pp. 579-582.

en la defensa firme de la dignidad de toda persona humana; en la capacidad de dar y recibir, de amar y ser amado; en el acercamiento servicial y solidario al necesitado que sufre; en la capacidad de renovarse y vivir con esperanza a pesar del desgaste, el pecado y las contradicciones de la vida.

- ***En la experiencia del vivir diario***

**69.** No hace falta añorar experiencias extraordinarias. Con ojos limpios y sencillos, a Dios se le puede intuir en experiencias normales de la vida cotidiana: en nuestras tristezas inexplicables, en el deseo insaciable de felicidad, en nuestro amor frágil e inconstante, en las añoranzas y anhelos, en las preguntas más hondas, en el mal sabor del pecado oculto, en nuestras decisiones más responsables, en la búsqueda sincera.

Hemos de recuperar aquella verdad del viejo catecismo: *Dios está en todas partes*. Está, sin duda, en las mil experiencias positivas de la vida: en el hijo que nace, en la fiesta compartida, en el trabajo bien hecho, en el acercamiento íntimo de la pareja, en el paseo que relaja, en el encuentro amistoso que renueva, en el disfrute de la música. ¿Por qué no elevar el corazón a Dios y dar gracias?

Pero está también en las experiencias más dolorosas y duras. A veces podemos captar su cercanía en nuestra propia *soledad*. En el fondo, todos estamos solos ante la existencia. Esa soledad última sólo puede ser visitada por Dios. Si penetramos hasta el fondo en nuestro desamparo, tal vez escuchemos la invitación a reconocer la presencia del Amigo fiel que acompaña siempre. ¿Por qué no abrimos a él?

Otras veces podemos encontrar a Dios en nuestra *mediocridad*. Van pasando los años, y siempre la misma pobreza. Cambian las cosas pero nosotros no cambiamos. Y llega el desgaste, el envejecimiento interior y el cansancio. Siempre esa dificultad para creer y esa resistencia a amar. Siempre el mismo pecado. Dios está también ahí. Su presencia es respeto, amor y comprensión. ¿Por qué no invocarle?

Podemos también intuirlo a través de nuestras *dudas y confusión*. Cuando todo parece tambalearse y no acertamos ya a creer en nada ni en nadie, queda Dios. Cuando nadie puede ayudar, cuando parece que no hay salida y todo es inútil, Dios está ahí. No pienses si eres creyente o no. Dios entiende, ama y lo conduce todo hacia el bien. ¿Por qué no confiar en él?

Paradójicamente también en el *sufrimiento* puede el corazón humano orientarse hacia Dios. El mal físico o moral nos desgarran. No hemos nacido para sufrir. La muerte de un ser querido, el anuncio de una enfermedad incurable, la frustración de un amor, el fracaso de una empresa importante.. son acontecimientos que pueden despertar la desesperación, pero son también experiencias que nos ponen en contacto con nuestra caducidad en toda su desnudez y nos invitan a una respuesta más radical. También entre lágrimas se puede escuchar la presencia de Dios: “No temas. Yo estoy contigo. Soy tu Dios y tu Salvador. Eres precioso a mis ojos, y yo te amo” (Is 43). ¿Por qué no quejarnos ante él?, ¿por qué no buscar su salvación?

- ***Experiencias de especial “densidad”***

**70.** Dentro del vivir diario, pueden darse momentos en los que la invitación a advertir la presencia de Dios puede ser más perceptible. La vida misma, vivida con suficiente hondura, ofrece experiencias que, por su densidad, nos pueden remitir más allá de nosotros mismos.

Algo de esto puede suceder cuando, en medio de trabajos y penas, perseveramos en una vida digna desde una fuerza cuyo origen no acertamos a abarcar; cuando hemos perdonado sin que ese perdón callado haya sido valorado por nadie; cuando nos hemos sacrificado por alguien sin que nuestro gesto haya merecido reconocimiento alguno e, incluso, sin sentir satisfacción interior; cuando nos hemos arriesgado en una decisión noble siguiendo exclusivamente la voz de la conciencia, sin poder dar más explicaciones a nadie; cuando hemos hecho algo por “puro amor” aunque nuestro gesto pudiera parecer absurdo o ingenuo; cuando sufrimos el mal sin desesperar, apoyados en “algo” que se nos escapa; cuando oramos en medio de las tinieblas y “sabemos” que estamos siendo escuchados aunque no podemos mostrar ninguna prueba que lo verifique.

- ***La experiencia del amor***

**71.** No hemos de olvidar que Dios es Amor. Por ello, el amor o la amistad verdadera pueden ser la mejor experiencia para vislumbrar a Dios. Creados a imagen de ese Dios Amor, la experiencia amorosa puede ser punto de partida, siempre imperfecto pero auténtico, para elevar el corazón hacia el verdadero Dios.

En la medida en que dos seres se aman sinceramente, purificando su amor de egoísmos y posesividad, podrán captar en su intercambio amoroso, de forma tenue pero real, el amor mismo de Dios. Si ahondan en su experiencia, tal vez perciban que en su amor hay “algo más” que lo que ellos se pueden comunicar; tal vez intuyan que es el Amor la fuente oculta y misteriosa de la que provenimos y a la que estamos llamados.

En el fondo de toda ternura compartida, en todo encuentro amistoso, en la solidaridad generosa, en el deseo último enraizado en la sexualidad humana, en el amor de los esposos, en el afecto entre padres e hijos, en la entraña de todo amor, ¿no está vibrando, de algún modo, el amor creador de Dios? Así dice san Juan: “A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado entre nosotros; y esta prueba tenemos de que estamos con él y él con nosotros, que nos ha hecho participar de su Espíritu” (1 Jn 4,12-13).

- ***El amor al que sufre necesidad***

**72.** Pero Dios no es amor de cualquier manera. Es amor *gratuito*. Por eso, el mejor camino para acercarnos a él es abrirnos gratuitamente a la necesidad del hermano. Sería una equivocación quedarnos sólo en el amor que busca ser correspondido. Es necesario aprender a amar buscando desinteresadamente el bien del otro, trabajando por un mundo más justo y solidario, sirviendo al necesitado. Podemos decir que el lugar privilegiado para encontrar a Dios es el pobre, el necesitado, el que ha sido excluido del amor interesado de todos. Este amor real y gratuito al prójimo que no nos puede corresponder se convierte en el criterio decisivo y purificador de todo otro camino o experiencia. A Dios lo hemos

dor de todo otro camino o experiencia. A Dios lo hemos de buscar no donde nosotros quisiéramos, sino donde mejor puede ser encontrado.

Queremos recordaros la conocida parábola de Jesús sobre el juicio final. Según el relato, son declarados *benditos del Padre* los que han hecho el bien a los necesitados: hambrientos, extranjeros, desnudos, encarcelados, enfermos; no han actuado así por razones religiosas, sino por compasión y amor al que ven sufrir. Los otros son declarados *malditos* no por su incredulidad o falta de religión, sino por su falta de corazón ante el sufrimiento ajeno (Mt 25,31-46).

Dios, amor gratuito, encarnado en Jesús, está, precisamente por ello, identificado con el pobre. Lo que se hace a uno de esos pequeños, se le hace a él. Por eso, lo que conduce hacia Dios es el amor al que sufre. Nunca la religión podrá suplir la falta de este amor. En estos momentos en que no pocos viven una fe vacilante y sin caminos claros hacia Dios, os queremos recordar a todos este mensaje esencial de Jesús: hay un camino que siempre conduce a él: el amor al necesitado. Éste es el camino universal, accesible a todos. Por él peregrinamos hacia el Dios verdadero creyentes y no creyentes.

## **Recuperar la oración**

La fe se debilita y apaga de muchas maneras, pero sólo se reaviva volviendo a la comunicación sincera con Dios. No es posible un encuentro más vivo con Dios sin recuperar la oración. ¿Qué podemos hacer?

### **• Las dificultades**

**73.** *Orar, ¿para qué?* Es lo primero que brota de muchas personas. ¿Es que la oración me va a resolver los problemas? ¿Para qué hacer algo que no sirve para nada útil? Así pensamos cuando nos dejamos llevar por el pragmatismo de lo inmediato. Pero, “no sólo de pan vive el hombre” (Mt 4,4); o ¿es que las personas ya no necesitan hoy paz interior, perdón, fuerza para renovarse, esperanza?

*¿Orar? No tengo tiempo.* Es la sensación de muchos. No hay tiempo para orar; vivimos totalmente ocupados. ¿Es realmente así? Decir “no tengo tiempo para orar”, ¿no equivale, casi siempre, a decir: “Dios no me interesa”? Pero, si la persona no tiene nunca tiempo para “estar ante Dios”, ¿cómo podrá vivir con hondura ante sí misma?, ¿dónde alimentará su fe?

*¿Orar? Yo no sé rezar. ¿Qué le puedo decir a Dios?* Muchos hablan así. No saben cómo comunicarse con Dios. Se les hace imposible. Las razones pueden ser diferentes. Pero casi siempre se esconde en el fondo una verdad: el temor a encontrarme a mí mismo a solas con Dios. Pero ¿es bueno vivir huyendo de Dios y de mi propia mediocridad?

Detrás de estas dificultades y otras semejantes, es fácil percibir la crisis religiosa de fondo: la sensación de un Dios irreal, la fe dormida o vacilante, la religión reducida al mínimo. De ahí la importancia de recuperar la oración confiada a Dios.

- **¿Por dónde empezar?**

**74.** ¿Qué se puede hacer cuando uno lleva años sin rezar de verdad? Tal vez lo primero que se nos pide es decir interiormente un *sí* a Dios. “*Yo quiero volver a Dios*”. Este *sí* pequeño y humilde no cambia todavía nuestra vida, pero pone nuestro corazón a la búsqueda de Dios.

Podemos tener la experiencia de que también lo hemos intentado otras veces, y siempre hemos vuelto a la mediocridad. No hemos de apoyarnos en nuestras fuerzas. Esta vez hemos de confiar en Dios. “*Enséñame tú a buscarte*”. Lo importante es “*buscar a Dios*”, más allá de los métodos, los libros y las fórmulas: “*Dios mío, enséñame a conocerte*”.

Esta oración de búsqueda ha de estar envuelta en una *confianza total* en Dios. Él me conoce y me mira con amor. No tiene sentido tratar de defenderme o de engañarle. Me acepta como soy. Puedo estar seguro de su amor insondable: “*Soy tuyo, sálvame*” (Sal 119,94).

Ante Dios me tengo que presentar *tal como soy* de verdad. Con lo que vivo y siento en esos momentos. Con mis deseos y necesidades. Con mis miedos y mis dudas. Con mis alegrías y mis penas. Todo lo que es parte de nuestra vida puede ser ocasión de oración: un momento feliz, una desgracia, un problema, una necesidad. Así, la oración es a veces invocación; a veces, acción de gracias; otras, alabanza o petición de perdón.

Para orar no es necesario decirle a Dios muchas cosas. Lo más importante es *escuchar*. Hacer silencio. Estar ante él. Disponernos a percibir su presencia amorosa. Por lo demás, bastan *pocas palabras* repetidas una y otra vez, despacio y con fe: “*Dios mío, te necesito. Tú conoces mi debilidad. Enséñame a vivir. Tú sólo eres grande y bueno. Ten compasión de mí, que no soy capaz de cambiar. Te doy gracias porque nos amas. Tu fuerza me sostendrá siempre. Guíame por el camino recto. Despierta en mí la alegría de tu salvación*”.

- **La oración de la mayoría**

**75.** Cuando Jesús nos invita a *orar siempre sin desanimarse*, pone el ejemplo de una mujer sencilla y en apuros, que insiste en su petición hasta lograr lo que necesita (Lc 18,1-8). Así es la oración de muchos. Una oración sencilla y humilde, llena de distracciones, sin gran hondura ni pretensiones de contemplación: la oración de los que no saben profundizar en sí mismos. Un rezo hecho de fórmulas repetidas con sencillez.

Es la oración de los momentos de angustia, cuando uno está desbordado por los problemas o cuando siente el miedo, la depresión o la soledad. La oración en la crisis matrimonial o en el conflicto doloroso con los hijos. La oración ante la sala de operaciones o junto al ser querido que se muere. Esta oración, a veces poco valorada, es la oración de la mayoría en todas las religiones. Para muchos, la forma concreta de confesar la propia finitud y de reconocer a Dios como único Salvador. Esta oración llega hasta el corazón de Dios que “*entiende*” al ser humano y “*escucha*” su necesidad de salvación.

- **El “Padre nuestro”**

**76.** Cuando los discípulos piden que les enseñe a rezar, Jesús les enseña el *Padre nuestro* como una oración que sus discípulos han de rezar de corazón cada día. Esta oración, desgastada por la rutina e incluso casi olvidada por quienes ya no rezan, es el mejor camino para aprender a orar.

*Padre nuestro:* es el primer grito que brota del creyente cuando su corazón está habitado no por el miedo, sino por la confianza propia de un hijo. Un grito en plural. Dios es Padre *nuestro*, de todos. Esta invocación nos enraiza en la fraternidad universal y nos hace más responsables ante todos los hermanos.

*Santificado sea tu Nombre:* no es una petición más. Es la primera. El alma de toda oración de Jesús, su aspiración suprema. Que el *Nombre* de Dios, es decir, su misterio insondable de amor y su fuerza salvadora, se manifiesten en toda su gloria y su poder. No es posible decir esto desde la indiferencia. Hay que abrirse a Dios.

*Venga tu Reino:* que no reine en el mundo la violencia ni el odio destructor. Que reine Dios y su justicia. Que el Primer Mundo no oprima a los países marginados. Que el poderoso no abuse del débil. Que no domine el rico al pobre, ni el varón a la mujer. Que se abran caminos a la paz, al perdón y a la solidaridad. Esto se dice de corazón cuando uno se esfuerza día a día en “buscar el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6,33).

*Hágase tu voluntad:* que no encuentre tanto obstáculo y resistencia en nosotros. Que hombres y mujeres obedezcan a la llamada de Dios que, desde el fondo de la vida, los llama a su verdadera salvación. Que mi vida sea hoy mismo búsqueda sincera de esa voluntad de Dios.

*Danos el pan de cada día:* el pan y todo lo que necesitamos para vivir de manera digna. Y no sólo a los del Primer Mundo, sino a todos los pueblos de la Tierra. Todo esto dicho no desde el egoísmo acaparador, sino desde la voluntad de compartir más lo nuestro con los necesitados.

*Perdónanos:* el mundo necesita el perdón de Dios. Los seres humanos sólo podemos vivir pidiendo perdón y perdonando. Sólo quien renuncia a la venganza se abre al perdón de Dios.

*No nos dejes caer en la tentación:* no en las pequeñas tentaciones de cada día, sino en la permanente tentación de abandonar a Dios, olvidar el Evangelio de Jesucristo y seguir un camino equivocado.

*Y libranos del mal:* Dios está con nosotros frente a todo mal. Es nuestro Salvador. Este grito de auxilio dirigido a él queda resonando en nuestra vida.

## **Alimentar la fe**

La fe no puede arraigar ni consolidarse si no es alimentada. Para crecer en una fe viva y perseverar en ella es necesario cuidarla.

- ***La comunidad eclesial***

77. Siendo una decisión absolutamente personal, la fe se vive en comunidad. En el camino de la fe no se avanza hacia la salvación en solitario. La búsqueda de Dios lleva a la búsqueda de la comunidad de los que creen. La adhesión a Dios invita a la adhesión a la Iglesia. No se trata sólo de buscar la “ayuda del grupo” con el fin de animarse mutuamente en la fe y sostenerse en la vida cristiana. Se trata de algo más profundo y real: encontrar el espacio de salvación en el que el Dios revelado en Jesucristo manifiesta de forma más explícita y operante sus designios de salvar a la humanidad. “No hay más que un sólo Cuerpo y un sólo Espíritu... un sólo Señor, una sola fe, un sólo bautismo, un sólo Dios y Padre” (Ef 4,4-6).

Comprendemos a quienes dicen: “Cristo sí; Iglesia no”. Esta expresión revela probablemente prejuicios y sospechas en quien la pronuncia, y pecado y antitestimonio en la Iglesia que él conoce. Por nuestra parte, hemos de reconocer que la Iglesia lleva sobre sí el pecado de quienes pertenecemos a ella y la manchamos con nuestra mediocridad e infidelidad. Este pecado toma también cuerpo en las instituciones, la mentalidad y las costumbres eclesiales. No queremos minimizarlo con un recurso fácil a la fragilidad humana.

Sin embargo, dentro de esta Iglesia necesitada siempre de conversión, Dios sigue actuando. Esto es lo más importante que encontraréis en ella: una comunidad donde después de veinte siglos se sigue escuchando “la Buena Noticia de Dios” proclamada por Jesús; un credo que recoge la fe cristiana desde su origen; una tradición en que se transmite con fidelidad su contenido esencial; unos sacramentos donde podréis vivir de forma más consciente y eficaz el encuentro con Dios y la acogida de su gracia.

La Iglesia de Jesucristo no es una institución que transmite una simple tradición religiosa. Habitada por el Espíritu de su Señor, ella es testigo que atrae a los hombres y mujeres a la fe, comunidad que los dispone para el Bautismo y los incorpora a Cristo para que crezcan hasta la plenitud por el amor.

Cada uno ha de decidir su camino y ver si quiere caminar en solitario o entrar en la comunidad eclesial, conocerla mejor, trabajar por purificarla, y hacer de ella signo más claro de Jesucristo. ¿Podrá la fe vacilante de muchos reavivarse si no encuentra una comunidad donde poder compartirla?<sup>14</sup>.

- ***La Eucaristía dominical***

78. Estamos convencidos de que la Eucaristía dominical puede ser para muchos la mejor experiencia para alimentar hoy su fe. Por eso queremos escuchar los motivos que llevan a tantos a su abandono. Antes que nada hemos de recoger la verdad que encierran bastantes quejas: Iglesia poco acogedora, celebraciones mal preparadas, actuación poco cuidada del celebrante, homilias pesadas, clima poco religioso. Es un descontento real que hemos de escuchar quienes podemos y debemos mejorar la celebración de nuestras parroquias y lugares de culto. Pero hay algo más que hemos de discernir.

---

<sup>14</sup> Ver la Carta Pastoral *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia* (Cuaresma-Pascua, 1989), o.c., pp. 720-781.

*“A mí la misa me aburre. ¿No se debería hacer algo más vivo y espontáneo?”*. Es cierto el riesgo de caer en la rutina. Y todos hemos de esforzarnos por llenar los signos y las palabras de espíritu y de vida. Pero ¿es rutinaria la misa para quien viene a pedir perdón por sus pecados concretos, a dar gracias a Dios por lo vivido durante la semana, a pedir luz y fuerzas para enfrentarse a la vida?

*“La misa me parece una hipocresía. Los que van a misa no son mejores que los demás”*. Cierto. Es en la vida real donde cada uno ha de mostrar con hechos la fe que lleva en su corazón. Pero ¿es hipócrita escuchar cada semana el Evangelio, recordar sus exigencias, ponerse ante Dios y pedir fuerza para ser más fiel y coherente?

*“A mí la misa me parece algo mágico. No veo qué pueden decir hoy esos ritos extraños y ese lenguaje anacrónico”*. Es verdad. Hemos de conocer mejor el significado de los gestos, dar vida a las oraciones y los cantos, aprovechar bien todos los recursos y posibilidades que ofrece la acción litúrgica. Pero ¿es algo mágico reavivar la fe en el encuentro con Cristo y en el contacto con la comunidad creyente?

*“¿Por qué esa obligación de ir a misa precisamente el día en que podemos descansar?”*. El creyente no toma parte en la Eucaristía porque hay un “precepto”, sino porque necesita comulgar con Cristo, dar gracias a Dios, confesar su fe junto a otros creyentes y reavivar su esperanza en el Resucitado. Se entiende lo que decía un grupo de cristianos del siglo IV: “No podemos vivir sin celebrar el día del Señor”<sup>15</sup>.

### • **La escucha de la Palabra de Dios**

**79.** A Dios lo podemos “escuchar”, de alguna manera, a través de la creación entera; Alguien grande y bueno se oculta detrás de esa realidad. Lo percibimos mejor en la historia apasionante de la Humanidad; el ser humano no camina solo, Dios lo acompaña hacia la Salvación. La Palabra de Dios la escuchamos con más claridad en la historia concreta de uno de los pueblos de la Tierra, Israel; en su vida, sus leyes, su oración, sus profetas, podemos captar mejor el mensaje de Dios. En ese pueblo nace Jesús, el hombre en el que se encarna el Hijo de Dios. Desde él nos habla Dios.

Por eso, la Biblia, que recoge la experiencia religiosa de Israel (Antiguo Testamento) y la actuación, el mensaje, la muerte y la resurrección de Jesucristo (Nuevo Testamento), es camino privilegiado para escuchar a Dios. Cuando el creyente se acerca a ella no es para leer un libro, sino para abrir su corazón a Dios; no para aprender una doctrina sino para dejarse transformar por la Palabra de Dios.

¿Qué puede hacer una persona que, sin preparación alguna, desea leer la Biblia? Lo mejor sería, sin duda, encontrar un grupo cristiano donde poder hacer esta experiencia. Pero también puede uno personalmente acercarse a la Biblia comenzando por la lectura de los evangelios. ¿Por qué no va a conocer uno directamente lo que dijo y lo que hizo Jesús?

---

<sup>15</sup> Ver la Carta Pastoral *Celebración cristiana del domingo* (Cuaresma-Pascua, 1993), o.c., pp. 1046-1099.

Para comprender correctamente la Biblia es necesario tener en cuenta el lenguaje y los géneros literarios que se emplean, el contexto vital en que ha sido escrito el libro y todo cuanto nos pueda ayudar a conocer mejor el sentido original sin caer en una falsa interpretación literal y sin hacer decir al texto lo que a nosotros nos parece. De ahí la importancia de tener en cuenta la tradición, el magisterio de la Iglesia y la aportación de la exégesis.

Al tomar la Biblia en las manos es necesario recordar: “No voy a leer un libro cualquiera. Voy a escuchar a Dios”. Esto lo cambia todo. Hay que leer muy despacio, tratando de captar lo que dice el texto. Las frases oscuras o difíciles de entender es mejor pasarlas por alto. Un día comprenderemos lo que ahora se nos escapa.

Lo más importante es pararse después de leer un trozo, y hacerse preguntas. La Palabra de Dios a veces se presenta como *verdad*; entonces me tengo que preguntar: “Señor, ¿qué me quieres enseñar?, ¿qué aspecto de mi vida quieres iluminar?”. Otras veces, esa Palabra se me ofrece como *camino* de vida; me he de preguntar: “¿A qué me llamas?, ¿qué esperas de mí?, ¿en qué debo cambiar?”. La Palabra de Dios puede también ser *promesa*; las preguntas pueden ser estas: “Dios de mi vida, ¿qué confianza quieres despertar en mí?, ¿qué esperanza me quieres infundir?”. Pero la actitud permanente de quien busca a Dios es siempre la misma: “Creo, pero ayúdame tú en mi falta de fe” (Mc 9,24).

## VI.- EL FORTALECIMIENTO DE LA FE

**80.** Cuando los padres presentan a sus hijos para ser bautizados el celebrante les pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia?”, y ellos responden: “La fe”. Ésa es, precisamente, la primera misión de la Iglesia: suscitar la fe. “Proclamad la Buena Noticia a toda la humanidad. El que crea y se bautice se salvará; el que se niegue a creer se condenará” (Mc 16,15-16). ¿Cómo realizar hoy esa tarea de invitar y de ayudar a creer?

### El servicio a la fe

Antes de nada, hemos de descubrir con más claridad cómo ha de ser en estos momentos de crisis religiosa el servicio de la Iglesia al fortalecimiento de la fe. Suggerimos algunas líneas de fuerza.

- **Fundamentación de la fe**

**81.** Uno de los errores puede ser actuar dando por supuesta la fe. En realidad, son bastantes los que viven una situación vaga y confusa. Nunca han sido iniciados a la fe. Nunca han tenido ocasión de plantearse de forma consciente y responsable su postura ante Dios. Por ello hay que introducir en nuestras Iglesias y comunidades una primera preocupación: ¿dónde y cómo estamos ayudando a despertar la fe?

Como es bien sabido, la fe no se puede propiamente “transmitir”. Podemos exponer al otro el contenido de la fe. Pero “creer” es un acto personal; una decisión que cada hombre o mujer ha de tomar libremente ante Dios. No es posible “forzar” a creer. El servicio a la fe consiste en preparar esa relación personal de cada uno con él. No sólo “informar” de la fe, sino ayudar a tomar una decisión responsable ante el Dios vivo revelado en Cristo. Poner en el centro de su vida a Dios no como amenaza, sino como promesa. Acompañar a la persona hasta ese “punto” en el que puede decidirse responsablemente ante Dios. La acción pastoral no es: “*Tú debes creer*”, sino “*Si quieres*”.

**82.** Esto significa poner ante esa persona *lo esencial* del cristianismo: el amor eterno de Dios que ha tomado cuerpo en Jesucristo. Ayudar a descubrir que bajo esa religión objetivada en dogmas y prácticas religiosas, lo más primigenio y decisivo es la adhesión a Jesucristo: el vivir la experiencia originaria de los primeros discípulos que se pusieron en contacto con Jesús y experimentaron en él “la cercanía salvadora de Dios”.

La fe sólo se afianza y fortalece “con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma la fe” (Heb 12,2). Nadie va al Padre si no es por él (Jn 14,6). Es “la puerta” (Jn 10,9) que conduce hacia el misterio del verdadero Dios. En la actual crisis religiosa nos parece importante ayudar a las personas a encontrarse con Cristo desde esa triple perspectiva. Con un Cristo *Amigo*, que revela el amor incondicional del Padre y saca al ser humano de la “servidumbre religiosa” a la amistad con Dios: “Ya no os llamo siervos.. Os llamo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,15). Con un Cristo *Maestro*, el único al que podemos llamar

así (Mt 23,8) porque nos enseña a invocar a Dios “Abba”. Guiados por su Espíritu de Hijo, también nosotros gritamos: “¡Abba, Padre!” (Ga 4,7). Con un Cristo *Salvador* que no sólo viene a “quitar el pecado” (Jn 1,29), sino también a liberarnos de la pérdida de identidad y del absurdo existencial, revelándonos que somos “hijos de Dios” (1 Jn 3,1).

- ***Superación del modelo de instrucción***

**83.** El hombre contemporáneo, por lo general, no busca a Dios desde una experiencia expresa de pecado. Si lo hace, es, sobre todo, desde una sensación de vacío y pérdida de identidad. El hombre de hoy busca “suelo firme” donde poder apoyarse. Busca apoyo, cobijo, seguridad, y no sabe dónde encontrarlos. Anhela “fundamentar” su existencia. Lo que le preocupa no es demostrar la existencia de Dios con pruebas. Lo que busca es saber si podemos confiar. El servicio a la fe se ha de orientar inicialmente a despertar “la confianza originaria” ante el Misterio.

Esto exige un giro en el esfuerzo de fundamentación de la fe: superar el modelo basado en la instrucción y cuidar más la experiencia que está en el origen del “creer”. Más importante que las pruebas y saberes es aprender a abrirse confiadamente al Misterio y escuchar incluso en medio de la oscuridad la interpelación de Dios: “¿Por qué preguntas mi nombre?” (Gn 32,30).

La fe no se transmite a la manera de otros conocimientos, utilizando la enseñanza doctrinal. No se trata de conocer la fe, sino de sentirse movido a creer. Este despertar de la fe no es un proceso de aprendizaje que tiene lugar entre un maestro, mejor informado, que instruye sobre la verdad de la fe, y un alumno que aprende sometándose a su autoridad. La fe “se transmite” haciendo posible la experiencia de confianza radical en Dios.

Esto no significa, en modo alguno, arrinconar o minusvalorar la argumentación racional. También hoy, como siempre, es importante mostrar los caminos que llevan, de manera razonable, a la afirmación de Dios y a la fundamentación de la fe. La clarificación racional del acto de fe y la adhesión confiada a Dios no se contraponen, sino que se complementan. Es así como la persona entera se siente invitada, por diversos caminos, a escuchar la voz del Espíritu y a adherirse confiadamente a Dios.

- ***Por los caminos de la experiencia***

**84.** Cuando hablamos de la importancia de la experiencia en el despertar de la fe, esto puede entenderse de formas diversas. En primer lugar, son importantes las experiencias de la persona en su vivir diario: aspiraciones y trabajos, problemas y penas, gozos y conflictos; desde ahí se abre a la fe. Son importantes también sus interrogantes y anhelos respecto a su origen y destino, vida y muerte, mal o felicidad; a ellos viene a responder la fe. Esta atención a la experiencia ayuda a despertar la sensibilidad religiosa y permite intuir mejor el significado concreto que puede tener Dios en la vida de la persona.

Pero se ha de atender también a disponer a la persona a *la experiencia de Dios*. ¿Qué significa esto? Dios ciertamente no se puede convertir nunca en objeto de la experiencia directa del hombre. Pero el ser humano puede tomar conciencia

de su presencia concomitante y permanente en el fondo de su ser. Puede, por ejemplo, identificarla cuando, en medio de la fragilidad, se siente sustentado por una fuerza que no sabe de dónde proviene o cuando, en medio de la oscuridad, vislumbra una realidad de otro orden, que le invita a la confianza. Hay una experiencia de Dios cuando, de formas concretas diversas, la persona toma conciencia de la presencia del misterio en su vida y lo acepta como el centro y la salvación de su ser. Todo se mueve en el plano de la fe, pero la persona “vive una certidumbre que queda en el alma” (santa Teresa).

Esta experiencia, imprescindible para despertar una fe viva en Dios, no es pura emoción afectiva, sino vivencia en que toman parte todas las facultades de la persona. No es tampoco una experiencia subjetiva aislada, sino abierta a la experiencia de toda la comunidad de creyentes de la que recibe confirmación y abierta al mundo donde se ha de vivir y concretar.

La experiencia de Dios pide aprender a vivir la *trascendencia*. Esta palabra, utilizada hoy de muchas formas, indica un movimiento de “travesía” (*trans*), y un movimiento de “subida” (*scando*). Pide, por tanto, un cambio de nivel. Sólo es de verdad “trascendente” aquella realidad a la que llegamos trascendiéndonos o, mejor, la que, al entrar en nuestra vida, nos hace ir más allá de nosotros mismos. Así es Dios y así es la fe que nos conduce hacia él.

Esta experiencia de un Dios trascendente se sustenta, sobre todo, en dos experiencias que es necesario cultivar para despertar la fe. En primer lugar, *la oración*. No hay fe sin comunicación personal con Dios. Y no hay despertar de la fe sin iniciación a esa comunicación. La oración se ha de explicar y ejercitar. A través de ella aprende la persona a *levantar* su corazón a Dios. Junto a ella, *el amor*. Amar a Dios y saberse amado. Este amor *hace salir* a la persona de sí misma hacia Dios y la remite a los hermanos como lugar natural de su verificación. Este amor *hace ver*, capacita para el conocimiento propio de la fe. Quien ama, tiende a Dios aunque viva en la duda e incertidumbre.

**85.** No es una cuestión secundaria de la que se puede prescindir pues la fe cristiana se despierta a partir de la predicación: “¿Cómo van a creer sin oír hablar de él? Y ¿cómo van a oír sin uno que lo anuncie?” (Rm 10,14). Es necesario anunciar la Buena Noticia de Dios. Para ello, no basta hablar. Es necesario hablar de tal manera que ese mensaje llegue al hombre de hoy. Un lenguaje rutinario, muerto, inadaptado, puede significar falta de auténtica experiencia de Dios, conocimiento insuficiente de la realidad actual o pereza.

El anuncio de Dios no sólo exige ser ortodoxo y correcto. Ha de llegar a la gente para alcanzar su pretensión de ser luz y vida. Y no tiene posibilidad alguna de llegar si no es fiel a la Palabra de Dios y fiel a la experiencia de aquellos a los que va dirigido. No es la gente la que ha de abandonar sus categorías para tratar de captar nuestro lenguaje, apto sólo para “iniciados”. Somos nosotros los que hemos de hacer el esfuerzo propio de todo evangelizador: encarnar la noticia de Dios en las categorías y experiencias del hombre de hoy. Una pregunta para predicadores, catequistas, educadores y cuantos hablamos de Dios: nuestro lenguaje ¿está inspirado por un deseo de llegar a la gente o sigue rutinariamente el camino de lo prefijado?

## Actitudes básicas

Para que nuestras Iglesias y comunidades puedan ser *voz* y *luz* de Jesucristo hemos de cuidar más algunas actitudes básicas.

- **Servicio**

**86.** Toda la actuación de la Iglesia ha de nacer de la fidelidad a su Señor y de la voluntad de servir al hombre. También el esfuerzo por despertar y fortalecer la fe. No se trata, por tanto, de buscar una mayor adhesión a la Iglesia. Menos aún, de pretender un sometimiento espiritual de la sociedad. Lo que nos ha de mover es el servicio al hombre de hoy, necesitado como siempre de Dios.

Estamos viviendo una situación en la que es difícil a veces saber si uno pertenece a la Iglesia. Bastantes siguen creyendo a su manera sin que sea fácil determinar la distancia que hay entre la fe de la Iglesia y lo que ellos viven en su corazón. Puede ser tentador pretender introducir claridad fijando fronteras bien precisas. Pero con ello no habríamos hecho todavía lo más evangélico.

A la persona no se le acerca a Dios poniéndola en la alternativa de aceptar forzosamente una determinada ortodoxia o bien irse de la Iglesia. Lo importante no es marcar fronteras para saber exactamente quién está dentro de la Iglesia. Lo decisivo es que, en medio de una sociedad tan desprovista de sentido y esperanza, haya una comunidad creyente capaz de tender puentes hacia el Misterio de Dios. Incluso habrá personas que no serán jamás miembros plenos de la Iglesia en la forma habitual pero que esperan de ella signos y palabras de Evangelio. Sólo Dios *conoce su fe*.

- **Diálogo**

**87.** Los creyentes no “poseemos” la verdad de Dios en propiedad. Caminamos hacia ella buscando sin descanso su rostro. Por eso podemos caminar junto a los que también buscan la verdad y el sentido de la vida. El modo de caminar juntos se llama *diálogo*.

Lo primero que exige este diálogo es respetar la libertad del otro y su propia postura. No es un individuo “a recuperar” sino una persona a respetar en sus propias convicciones y su propia “historia interior” sin humillarlo con una pretendida superioridad religiosa o moral. El diálogo es posible cuando nos situamos todos, creyentes y menos creyentes, agnósticos o indiferentes, en la búsqueda sincera de un hombre más humano.

Hemos de decir más. Los creyentes podemos aprender mucho en el diálogo. Las “razones” del no creyente o del que duda pueden ser las “preguntas” que los creyentes llevamos dentro. Comprender la incredulidad es más de una vez comprender algo de lo que sucede en nosotros mismos. La persona de fe vacilante nos enseña que Dios no es una evidencia, sino un Misterio que no hemos de manipular. El ateo nos puede obligar a criticar falsas representaciones de Dios. El no creyente nos hace pensar a qué Dios servimos nosotros, de qué Dios hablamos los cristianos.

- **Testimonio**

**88.** La invitación a creer exige que quien la hace pueda “corporeizar” su propia fe en un testimonio convencido y convincente. Estamos persuadidos de que ésta es hoy la mejor manera de contribuir al fortalecimiento de la fe: invitar a otros a que realicen su propia experiencia y ofrecer el testimonio de cómo esa experiencia de fe ha transformado nuestra vida. La fe no se va a despertar hoy, por lo general, desde los libros o las discusiones religiosas, sino desde esa “nube de testigos” (Heb 12,1) que pueden encarnar en su vida y su palabra al único “testigo fiel” que es Jesucristo (Ap 1,5).

La experiencia y el testimonio de los verdaderos creyentes desempeña un papel de mediación indispensable cuando se trata no de instruir, sino de atraer a la fe. Es la tarea confiada por Jesús a sus apóstoles y discípulos: “Vosotros sois testigos de todo esto” (Lc 24,48). Son los testigos los que irradian la fe. De ahí la importancia de los santos. Santos antiguos y santos de hoy, santos canonizados y no canonizados. Su recuerdo vivo y sus vidas son una fuente inestimable de conocimiento de Dios. De temperamentos variados, enraizados en medios y momentos históricos diferentes, han enriquecido y seguirán enriqueciendo nuestra búsqueda del Dios vivo.

- **Acompañamiento**

**89.** Entre nosotros hay personas que buscan a Dios y quieren creer en él. Son creyentes alejados de la práctica religiosa o de fe vacilante, que necesitan acogida y acompañamiento personal o en grupo. Su fe no podrá crecer si no es acompañada, confirmada y fortalecida por otros creyentes. Por ello hemos de atender a quienes vienen a la catequesis organizada, pero también hemos de aprender a acompañar a quienes, por diversos caminos, buscan hoy a Dios.

Los motivos y acontecimientos que invitan a la fe no son programables por la Iglesia. La fe –no lo olvidemos– es un don. Sólo Dios llama a la fe y lo hace por caminos que no siempre están previstos en nuestros programas pastorales. La Iglesia ha de estar atenta a esta acción del Espíritu.

Acompañar a estas personas significa escucharlas con respeto; que tengan a alguien con quien poder hablar de su “historia interior”. Significa también intercambiar experiencias: todos estamos en camino hacia Dios; todos podemos “aprender” los unos de los otros; el aprendizaje es mutuo y la conversión se da por ambos lados. Así se hace patente que la fe no es resultado de la iniciativa tomada por un individuo aislado, sino acción de Dios en nosotros, que tiene su lugar más natural en una Iglesia que peregrina hacia él.

Éste es uno de los retos de nuestras Iglesias: ¿dónde encontrar creyentes capaces de acompañar en el camino hacia la fe?, ¿dónde hay grupos que puedan ofrecer un espacio de diálogo y de intercambio a quienes buscan a Dios?, ¿no hay entre nosotros catequistas llamados a prepararse para este servicio?

## La comunidad parroquial

Para la mayoría, la parroquia es el lugar concreto donde se alimenta y crece su fe. Desde esa comunidad, abierta a la Iglesia diocesana y a la comunión de la Iglesia universal, vive la única fe católica *cimentada sobre la roca de los apóstoles*. ¿Cómo puede ser hoy la parroquia lugar de revitalización de la fe? Ofrecemos algunas sugerencias orientadoras.

### • *Iniciación a la fe. Pastoral catecumenal*

**90.** Uno no nace cristiano, sino que se hace cristiano. El Bautismo exige, antes o después, una respuesta libre y responsable. Pero una persona no se hace cristiana porque haya asistido a la catequesis parroquial durante un determinado número de cursos. Si hoy tantos bautizados viven una fe lánguida, mal conocida y peor vida, ¿no será porque nunca han sido iniciados a la fe?

La iniciación a la fe es el gran reto para muchas parroquias. Por lo general, las familias no educan hoy en la fe. Por otra parte, los jóvenes son fácilmente captados por la sociedad a una comprensión de la existencia y un estilo de vida, alejados del Evangelio. En esta situación, no se puede seguir trabajando sólo con el modelo de catequesis que era apto para una sociedad de cristiandad.

Con diferentes nombres (catequesis misionera, catequesis kerigmática o catequesis de anuncio), se viene buscando desde hace algunos años una catequesis más orientada a iniciar en la fe cristiana a estos jóvenes y adultos de fe mal fundamentada. Nosotros mismos os hablábamos hace tres años de buscar procesos “diferentes del desarrollo normal de la catequesis, donde la comprensión de cada situación personal, la escucha sincera de las dudas y prejuicios, el testimonio de la propia fe del evangelizador, la oración de búsqueda, la escucha directa de Jesús en los evangelios, el análisis de la propia vida *sin esperanza y sin Dios en el mundo* y, sobre todo, el anuncio de un Dios gratuito y liberador ocuparan el lugar más importante”<sup>16</sup>.

El futuro de nuestras Iglesias se juega, en buena parte, en esta iniciación a la fe. *Iniciar* es un acto que inaugura y abre una vida nueva. Es ayudar a creyentes de fe vaga y vacilante a dar a su vida un nuevo comienzo cristiano. Es, por ello mismo, regenerar y renovar nuestras comunidades. Por eso, os animamos a los Secretariados diocesanos de catequesis a impulsar buscando esa catequesis orientada directamente a iniciar en la fe. No es sólo tarea vuestra. Sabemos que detrás de todo ello subyacen problemas que hemos de abordar entre todos: formación de catequistas, comunidades sensibles y acogedoras, pedagogía adecuada, planteamiento correcto de los sacramentos de iniciación. Para ello vemos más necesaria que nunca la colaboración entre parroquias y centros educativos.

### • *Pastoral misionera*

**91.** No basta ir asegurando mejor la iniciación a la fe en las comunidades parroquiales. Nuestras Iglesias diocesanas se han de plantear ya el estudio y desarrollo de una pastoral catecumenal orientada directamente a ofrecer una

---

<sup>16</sup> Carta Pastoral *Evangelizar en tiempos de increencia* (Pascua, 1994), n. 74.

respuesta adecuada a personas no bautizadas o totalmente alejadas que, sin embargo, en estos momentos preguntan por Dios. No es un número grande, aunque probablemente son más de los que pensamos. No se trata de un trabajo masivo, sino de ir buscando un “cambio cualitativo”: despertar la vocación misionera de toda la Iglesia.

Los primeros pasos serán modestos: contacto personal, escucha sincera, diálogo abierto, testimonio de la propia fe. En una Carta anterior os animábamos a “seguir cuidando y mejorando el encuentro evangelizador con personas alejadas que se acercan a la parroquia (contactos con padres con ocasión del Bautismo o primera comunión de sus hijos, novios indiferentes que piden recibir el matrimonio, funerales de personas alejadas..). También pueden ser oportunos otro tipo de contactos como reuniones domésticas, visitas evangelizadoras, invitaciones a jornadas dedicadas al anuncio intensivo del Evangelio, encuentros de familias jóvenes”<sup>17</sup>.

Pero tal vez ha llegado el momento de experimentar en algunos puntos de nuestras diócesis un verdadero catecumenado o, al menos, encuentros con personas que inician su búsqueda de Dios “desde fuera de la Iglesia”. Pensamos en procesos donde sea importante: abordar los grandes interrogantes del ser humano; presentar lo esencial de la fe cristiana; purificar la idea de Dios; mostrar las afinidades entre el Evangelio y el corazón humano; concretar las principales aportaciones de la fe al crecimiento humano; iniciarse en la oración a Dios.

### • ***La celebración del domingo***

**92.** La Eucaristía dominical es para muchos cristianos la única experiencia que alimenta y sostiene su fe. De ahí la importancia de cuidarla con solicitud. Más que una obligación privada e individual de cada cristiano, celebrar el domingo con fe es deber y misión de toda comunidad eclesial, llamada a ser testigo de la esperanza abierta por el Resucitado. Sin esta celebración semanal, la fe de la Iglesia se apagaría. ¿Podemos hacer en estos momentos algo más importante para reanimar la fe de los creyentes que celebrar de forma viva la Eucaristía dominical?

En nuestra Carta *Celebración cristiana del domingo* os hacíamos algunas “propuestas para revitalizar la celebración del domingo”<sup>18</sup>. Os invitamos de nuevo a reflexionar sobre ellas. Desde la perspectiva de esta Carta, sólo os queremos hacer algunas sugerencias sencillas que podrían dar otro tono a la Eucaristía dominical. Consideradlas en vuestras parroquias los sacerdotes y cuantos colaboráis en la acción litúrgica:

Dedicar más tiempo y atención a preparar entre todos la celebración de la Eucaristía dominical; en la celebración, dar a cada gesto y a cada palabra su sentido e importancia; ir explicando cada domingo alguna parte o algún aspecto de la Eucaristía, pues sólo se puede vivir lo que se conoce; lograr que se lea la Palabra de Dios despacio, con unción, subrayando lo esencial del mensaje; una homilía bien preparada, breve, sin caer en tópicos, en sintonía con la crisis religiosa actual,

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, n. 92.

<sup>18</sup> Carta Pastoral *La celebración cristiana del domingo* (Cuaresma-Pascua, 1993), nn. 62-74, o.c., pp. 1046-1099.

orientada a despertar la fe; ayudar a que los cantos y oraciones sean verdadera oración a Dios; preparar desde el prefacio a vivir la misa en actitud de acción de gracias; cuidar momentos de silencio que permitan la interiorización; explicar cada domingo alguna invocación del “Padre nuestro”; enseñar a “encontrarse” con Cristo a través de la escucha del Evangelio y de la comunión sacramental; ofrecer sugerencias concretas y sencillas para vivir la fe a lo largo de la semana.

- **Enseñar a orar**

**93.** Vemos con gozo que cada vez es mayor la preocupación de las parroquias para promover la oración personal o en grupo. Pero, en general, todavía es poco e insuficiente lo que hacemos para enseñar a orar. Las personas más inquietas que buscan el encuentro con Dios se dirigen a monasterios y comunidades que están ofreciendo en estos momentos un servicio inestimable que agradecemos de verdad. Pero mucha gente sencilla que nunca dará esos pasos se encuentra desasistida para aprender a orar. ¿Qué podemos hacer en las parroquias?

Antes de nada, recuperar la iglesia parroquial como *casa de oración*. No siempre es fácil. Pero es mucho lo que se puede hacer: acondicionar alguna capilla u oratorio para la oración personal o del grupo reducido; cuidar las imágenes, símbolos y ambientación musical; poner a disposición de los fieles oraciones, libros sencillos, textos, salmos que ayuden a orar; tener el templo abierto, al menos algunas horas, al atardecer. Todo es posible cuando en la parroquia hay un grupo dispuesto a cuidar esta dimensión. La parroquia tiene que ofrecer hoy un espacio donde las personas puedan hallar silencio y paz para encontrarse con Dios y reconstruir su mundo interior.

No basta. Hemos de saber convocar a los creyentes no sólo para celebrar la Eucaristía dominical sino para orar juntos, para escuchar la Palabra de Dios con sosiego, para alimentar la vida interior. Estos encuentros pueden ser de naturaleza diversa: para jóvenes, para personas de tercera edad, para padres, para agentes de pastoral. Pueden configurarse en torno a elementos variados: escucha de la Palabra de Dios, silencio, oración con los salmos, plegaria espontánea, oración ante el sagrario. La animación de estos encuentros de oración no tiene por qué estar en manos de los presbíteros. El ideal sería contar con un grupo permanente que promueva esta oración e invite a otros.

## **La familia creyente**

Es en la familia donde se está jugando, en buena parte, la fe o la increencia del futuro. Por ello, creemos que es en el hogar donde se ha de actuar de manera decisiva para recuperar y renovar la fe. Pero ¿cómo en concreto?, ¿qué podemos hacer que no estamos haciendo?<sup>19</sup>.

- **Las dificultades**

**94.** Sin duda, son muchas las dificultades que sienten hoy los padres que quieren construir un hogar cristiano. Lo primero es muchas veces *la falta de comunica-*

---

<sup>19</sup> Ver la Carta Pastoral *Redescubrir la familia* (Pascua, 1995).

*ción*. La vida actual, con su organización del estudio y del trabajo, su ritmo agitado y su dispersión, dificulta la comunicación de la familia. Y cuando, por fin, todos se encuentran juntos allí está la televisión para imponer silencio. ¿Cómo compartir la fe cuando apenas se comparte la vida?

Por otra parte, en no pocas familias hay un fuerte *desacuerdo* entre padres e hijos. No piensan ni sienten de la misma manera. Tampoco en lo religioso. Casi siempre se termina discutiendo. ¿Cómo educar en la fe cuando es tanta la distancia de mentalidades, valores o sensibilidad?

Esta dificultad se hace todavía mayor cuando se piensa que los hijos, al parecer, “aprenden a vivir” no tanto de sus padres cuanto de sus amigos, del *ambiente social*, las modas o la televisión. ¿Cómo vivir y transmitir la fe en estas condiciones? ¿Cómo hacerlo, sobre todo, cuando los mismos padres viven también ellos una fe difusa y poco convencida?

Pensamos también en esos hogares cuya atención está totalmente absorbida por *graves problemas*: crisis de separación entre los esposos, fuertes conflictos con los hijos, angustia del paro... ¿Cómo preocuparse de la fe?

- ***Las posibilidades de la familia***

**95.** Estas dificultades y otras han difundido en muchos padres una sensación de desaliento e impotencia. Fácilmente se da por supuesto que no se puede hacer nada eficaz. No pocos renuncian antes incluso de haberlo intentado. No se sabe qué hacer o cómo actuar. Pero también hay bastantes padres que desean actuar responsablemente.

Antes de nada conviene recordar lo que los estudios más recientes afirman: no hay ningún grupo ni ámbito social mejor dotado que la familia para ofrecer al hijo una experiencia positiva en la que arraiguen los valores y la vivencia religiosa. Ninguna experiencia dejará huellas tan profundas en su vida.

La razón es sencilla. La familia puede ofrecer al niño “experiencia religiosa” pero en un clima de afecto, confianza y amor que ningún otro grupo puede fácilmente asegurar. En el hogar el niño puede captar conductas, valores, símbolos y experiencias religiosas pero no de cualquier manera, sino “con afecto”. Todos los estudios apuntan hacia la misma dirección: la fe religiosa depende, en buena parte, de que la persona haya tenido de ella una experiencia positiva. El individuo vuelve casi siempre a aquello que ha vivido en sus primeros años con satisfacción, seguridad y sentido. Por el contrario, si falta esta experiencia positiva básica en el hogar será muy difícil luego despertarla en otros ámbitos como la parroquia o el colegio.

- ***Condiciones básicas***

**96.** En primer lugar, es fundamental que *los padres se quieran* y que los hijos lo puedan percibir así. Ese amor entre los padres es la base para crear un clima de confianza y seguridad para la convivencia y también para el crecimiento de la fe.

Es esencial también el *afecto hacia los hijos*. La atención personal a cada uno, el respeto y la cercanía, el cuidado solícito, el tiempo dedicado a escucharlos a so-

las. Los padres sólo pueden ser modelo de identificación para los hijos si éstos se sienten queridos.

Es importante el *clima de comunicación*. Éste sólo es posible cuando se evita lo que genera mutua desconfianza y distanciamiento. Se necesita, además, asegurar momentos de convivencia. Lo decisivo no es tener más tiempo para estar juntos, sino que cuando la familia se reúne todos se sientan a gusto y se pueda dar un intercambio confiado.

Hay que recordar también *la coherencia* entre lo que se pide a los hijos y el propio comportamiento. Los padres pueden tener errores y fallos, pero lo importante es que los hijos perciban un comportamiento de fondo, que trata de ser fiel a las propias convicciones religiosas.

- ***El ambiente familiar***

**97.** La fe pide un clima. Hemos de reaccionar frente al “vacío religioso” que reina en algunos hogares. En primer lugar, se puede cuidar más lo que entra en casa (cierto tipo de revistas, videos, programas de televisión). No es difícil tampoco suscribirse a una revista cristiana, adquirir libros educativos para los hijos, ediciones de biblias o evangelios para niños y jóvenes, música religiosa, videos pedagógicos.

Se puede también introducir algún signo o imagen religiosa de buen gusto en la sala de estar o en los dormitorios. Cuidar más el tono festivo del domingo y de las grandes fiestas cristianas. Ambientar el hogar en tiempos especiales como la Navidad o la Pascua. Cuando una familia se siente creyente lo refleja en su entorno.

Por otra parte, la fe cristiana crece con más autenticidad cuando en la familia se viven los valores evangélicos. Una familia abierta a las necesidades de los más pobres, donde se cultiva el sentido de la justicia y del amor gratuito, donde se comparte la experiencia del perdón ofrecido y recibido sinceramente, se convierte en la mejor escuela de seguimiento a Jesucristo.

- ***La oración en familia***

**98.** El primer paso lo tienen que dar los padres aprendiendo a orar juntos. La dificultad está en que los esposos están condicionados por la falta de costumbre y un cierto pudor inicial. Sin embargo, una oración sencilla hace bien a la pareja y es la base para suscitar la oración en el hogar. Esta oración será, muchas veces, de agradecimiento a Dios mientras se agradecen también mutuamente. Otras, será petición de perdón a Dios, preparada por el perdón del uno al otro. Con frecuencia será súplica a Dios por los hijos y en nombre de los hijos: de los pequeños que no saben orar y de los mayores que no quieren hacerlo.

Es una gracia para el hijo ver rezar a sus padres. Si los ve orar, quedarse en silencio, cerrar los ojos, desgranar las cuentas del rosario o leer despacio el Evangelio, el niño capta la importancia de esos momentos, percibe la presencia de Dios en el hogar como algo bueno, aprende un lenguaje religioso, unas palabras y unos signos que quedan grabados en su conciencia, interioriza unas actitudes y se va despertando en él la sensibilidad religiosa. Nada puede sustituir a esta experiencia.

Cada familia ha de encontrar su estilo concreto de orar y de integrar esa oración en la vida del hogar. No es difícil estar junto a los hijos más pequeños acompañándolos en su oración y enseñándoles a dar gracias a Dios al final del día, a pedirle perdón, a invocarlo con confianza. Con los adolescentes y jóvenes será más importante preparar una oración sencilla en días señalados: cumpleaños de algún miembro de la familia, aniversario de la boda de los padres, antes de salir de vacaciones, al comenzar el curso, en la enfermedad grave de alguno, en la Nochebuena, al final del año. Por otra parte, ¿es tan difícil elevar el corazón a Dios, cuando nos sentamos a la mesa o reunirnos todos en la sala antes de retirarnos a descansar, para rezar juntos el “Padre Nuestro” o dar gracias a Dios?

El ambiente creyente de los hogares depende de la responsabilidad de los padres y del apoyo que reciban de la comunidad parroquial. Os animamos a quienes impulsáis la pastoral familiar a que sigáis proporcionando a los padres orientaciones, sugerencias y materiales pedagógicos. No sería tan difícil que en las parroquias hubiera algún grupo de padres creyentes que se reunieran de vez en cuando para animarse en su fe y para apoyarse en su tarea de padres cristianos.

- ***Cuando alguien no cree***

**99.** Cada vez es más frecuente que en la familia alguien se declare no creyente o viva en una indiferencia absoluta. Esta situación representa ciertamente una dificultad pero puede ser también un estímulo para vivir mejor la fe.

Os sugerimos algunas pautas de actuación: extremar el *respeto* mutuo profundo y sincero; cuidar de manera especial el *testimonio* y la coherencia de la vida con la propia fe; *evitar* las *polémicas* o discusiones sobre temas religiosos si generan distanciamiento o agresividad; *confesar la propia fe* manifestando lo que a uno le aporta; no olvidar que lo decisivo es siempre *el amor* y la pertenencia a una misma familia en la que Dios quiere a todos, creyentes y no creyentes.

## **Por los caminos de la conversión**

Podríamos seguir sugiriendo acciones e iniciativas que ayuden a despertar y reavivar la fe. Pero todo será inútil si los que nos sentimos creyentes no escuchamos una llamada a la propia conversión. El testimonio de los creyentes es decisivo para el fortalecimiento de la fe en nuestra sociedad. Queremos que también entre nosotros se escuchen las palabras de Juan Pablo II: “La Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes”<sup>20</sup>. Nuestra adhesión fiel a Jesucristo puede ser la mejor invitación que podemos hacer a otros para que vuelvan su corazón a Dios.

- ***La tarea de los presbíteros***

**100.** Muchos presbíteros vivís hoy ocupados en múltiples trabajos y actividades tratando de responder a las diversas necesidades de las comunidades cristianas. Desde aquí queremos valorar y agradecer en nombre de nuestras Iglesias vuestro

---

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*, n. 33.

esfuerzo generoso, realizado no pocas veces en condiciones difíciles. Pero dejadnos deciros algo que también nosotros hemos de recordar en nuestro servicio episcopal. No hemos de reducir nuestro ministerio al cumplimiento de unas funciones. Nuestra primera tarea es ser testigos de la fe y animadores de la vida cristiana de las comunidades.

Por eso también nosotros queremos exhortaros con palabras inspiradas en san Pablo: “Reavivad el carisma de Dios que está en vosotros por la imposición de las manos. No nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de valentía y amor. No os avergoncéis del testimonio que habéis de dar del Señor. Soportad con fe los sufrimientos por el Evangelio, ayudados por la fuerza de Dios” (2 Tm 1,6-9).

Recordad que habéis sido “escogidos para el Evangelio de Dios” (Rm 1,1). No estáis solos en vuestro trabajo. El Espíritu de Dios os acompaña, pues vosotros sois sus *cooperadores* en la obra de la evangelización. No olvidéis las palabras de Pablo VI: “Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: anunciar el Evangelio de Dios”<sup>21</sup>.

- ***El testimonio de los religiosos***

**101.** A lo largo de estos años, en varias ocasiones os hemos invitado a los religiosos y religiosas a ser testigos de la fe desde vuestro modo peculiar de seguimiento radical a Jesucristo. Hoy os lo recordamos de nuevo. Desde esta vida vuestra, sólo inteligible desde la entrega confiada a Dios como único Absoluto, estáis llamados a despertar el sentido de Dios, la escucha interior al Espíritu, el amor a Dios en el servicio al necesitado. Vuestra presencia en nuestras comunidades cristianas puede ayudar a no pocos a reconstruir su experiencia de Dios. Seguid desarrollando la colaboración entre vuestras comunidades y las parroquias.

Queremos dirigirnos, de manera muy especial, a las comunidades contemplativas. Vuestra entrega a Dios, vivida gozosamente en la contemplación, se ha de convertir en testimonio para todos. Vuestro mensaje nos ha de llegar con nitidez: Dios es lo único necesario. Mientras peregrinamos por la vida, seducidos muchas veces por el mundo o distraídos por la actividad y el trabajo, vosotros y vosotras, con la mirada fija en Dios, nos debéis recordar lo esencial y definitivo. Decidnos con vuestra vida que sólo Dios basta y que nada ni nadie puede sustituirlo.

Vuestras comunidades pueden ser hoy lugares de retiro y silencio donde más de uno encuentre el clima necesario para reencontrarse con Dios. Vuestra acogida amistosa y vuestro testimonio de alabanza y adoración a Dios pueden ser para no pocos una llamada a reavivar su fe.

- ***La vida de los creyentes***

**102.** Todo creyente se ha de convertir con su vida y su palabra en testigo de la fe. El testimonio cristiano brota, de manera natural, de la misma experiencia de la fe

---

<sup>21</sup> PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 68.

cuando ésta es vivida con fidelidad y responsabilidad gozosa. No se puede creer de verdad sin sentir la necesidad de anunciar y contagiar esa fe. Cada uno ha de contar “lo que le ha pasado en el camino” (Lc 24,35).

Os lo decíamos ya en otra ocasión. “Muchos de nosotros convivimos o tenemos contacto con familiares y amigos que se han ido distanciando de la fe. ¿Por qué les hemos de ocultar tanto nuestra experiencia creyente, nuestras convicciones y las motivaciones que animan nuestra fe? ¿Por qué hemos de silenciar los creyentes nuestra visión cristiana de la vida, cuando otros manifiestan públicamente su actitud increyente?”.<sup>22</sup> Este testimonio a través del contacto personal es de gran importancia, pues, en el fondo, “¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?”<sup>23</sup>.

Queremos terminar nuestra Carta con una de las páginas más bellas de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI: “Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y de bueno. Supongamos, además, que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero muy clara y eficaz, de la Buena Nueva”<sup>24</sup>.

\*\*\*

Que María, declarada dichosa por haber sabido creer a Dios (Lc 1,45), nos oriente a todos hacia Aquél que es “la luz verdadera, que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria,  
12 de febrero de 1997,  
*Miércoles de Ceniza*

✠ **Fernando**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela  
✠ **Ricardo**, Obispo de Bilbao  
✠ **José María**, Obispo de San Sebastián  
✠ **Miguel**, Obispo de Vitoria  
✠ **Carmelo**, Obispo Auxiliar de Bilbao

---

<sup>22</sup> Carta Pastoral *Creer en tiempos de increencia* (Cuaresma-Pascua, 1988), n. 65, o.c., p. 705.

<sup>23</sup> PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 46.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, n. 21.